

EL ALCALDE RONQUILLO,

Ó

EL DIABLO EN VALLADOLID.

DRAMA EN CINCO ACTOS

POR

DON JOSÉ ZORRILLA.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ REPULLÉS.

Enero de 1845.

PERSONAGES.

DON RODRIGO DEL RONQUILLO, *alcalde de casa y corte.*

VAN-DERKEN.

UN ESPÍA DE FELIPE II.

ROBERTO.

EL DOCTOR ROBLES.

DON LUIS DE VALDÉS.

GIL.

EL HERMANO JUAN.

EMBOZADO 1.º

EMBOZADO 2.º

EMBOZADO 3.º

CABO DE LAS RONDAS DEL ALCALDE.

SOLDADOS, MÚSICOS, RONDAS, ENMASCARADOS Y ALGUACILES.

La escena en Valladolid, Setiembre de 1559.

Este Drama, que pertenece á la Galería Dramática, es propiedad de Don Manuel Delgado, Editor de los teatros moderno, antiguo español y extranjero; quien perseguirá ante la ley al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del reino ó en alguna Sociedad de las formadas por acciones, suscripciones ó cualquiera otra contribucion pecuniaria, sea cual fuere su denominacion, con arreglo á lo prevenido en las Reales ordenes de 5 de Mayo de 1837, 8 de Abril de 1839 y 4 de Marzo de 1844, relativas á la propiedad de las obras dramáticas.



Acto primero.



Plazuela en Valladolid formada por los tres edificios siguientes: 1.º A la derecha: una casa de buena apariencia con puerta y balcon practicables. 2.º A la izquierda: una casa de mezquina apariencia con puerta y ventana baja practicables: sobre la puerta un rótulo que dice: « Taberna y Hosteria. » 3.º En el fondo: una casa en estado casi ruinoso, cuyas ventanas bajas estan tapiadas, y las altas y puerta cerradas y clavadas con travesaños de madera, y selladas todas con la cruz de la inquisicion. Sobre la puerta un rótulo que dice (en letras de no muy grandes dimensiones) « Casa del Diablo. » — Esta casa forma dos calles que se pierden por el fondo, con las paredes de otras dos casas inmediatas, en una de las cuales (en la de la derecha) hay una puertecilla, y las paredes que la forman con tapias de un jardin. — Las casas de la derecha y de la izquierda forman tambien, con estas últimamente citadas, otras dos calles laterales por donde se sirve la escena. — Al levantarse el telon en este primer acto, se ve salir al Alcalde Ronquillo de su casa, que es la de la derecha, é ir á llamar á Roberto á la suya, que es la taberna.

ESCENA PRIMERA.

RONQUILLO. ROBERTO.

RONQ.
ROBERTO.
RONQ.

Roberto.

Señor.

¿ Tan presto

- tienes cerrada tu tienda?
- ROBERTO. ¿Y qué quereis ya que venda,
si es un sitio tan funesto
en el que la tengo abierta,
que en diciendo que anochece
alma humana no parece
por delante de mi puerta?
- RONQ. ¿Con que tanta voga cobra
lo que se habla de esta casa?
- ROBERTO. Juzgado por lo que pasa.
- RONQ. ¿Pero es seguro?
- ROBERTO. De sobra,
señor: sin recelo alguno
podeis las puertas dejar
abiertas de par en par,
que no os robará ninguno.
Por no pasar por aquí
de noche, hay hombre que acaso
se queda á dormir al raso.
- RONQ. ¿De veras?
- ROBERTO. A fé que sí.
Porque son tan espantosas,
y de tal modo se aumentan
las historias que se cuentan
de esa casa...
- RONQ. ¿Con que cosas
pasan aquí tan terribles?
- ROBERTO. Tremendas.
- RONQ. ¡Vaya por Dios!
- ROBERTO. Cada noche un hombre ó dos
muere á manos invisibles
en estos alrededores.
- RONQ. ¿Mas de tal manera espiran?
- ROBERTO. De tal, que por mas que miran
no ven á sus matadores.
Nadie lo duda, señor:
en esa casa maldita
por fuerza algun diablo habita
del hombre esterminador.
- RONQ. Ya ves, cuando el santo oficio
condenarla me mandó
y sus entradas selló,

- claro es que habrá maleficio.
- ROBERTO. Hombre que atento se pare
á contemplar esta casa,
si dos ó tres veces pasa
por la noche, Dios le ampare.
Y en fin, mejor lo sabeis
vos, que los mas de los dias
causas de muertos teneis
en aquestas cercanias.
- RONQ. Bien, bien. Mas oye: mi gente
reunida en el juzgado
está: mientras que firmado
dejo un vale al intendente,
aviso á mis rondas pasa
de que la hora difiero
de la ronda, y les espero
á las nueve, ahí en mi casa.
- ROBERTO. Voy, señor.
- RONQ. Corre.

(Vanse: Roberto por el fondo izquierda, y Ronquillo por la izquierda.)

ESCENA II.

VAN-DERKEN, embozado. Luego DON LUIS, lo mismo.

- DERKEN. Los dos
salieron: bien calculé;
la hora que señalé
es ya; mas gracias á Dios
ya veo ahí detenido
un embozado.
- D. LUIS. ¡Hola! ya
me espera. ¡Hidalgo!
- DERKEN. ¿Quién va?
- D. LUIS. El diablo.
- DERKEN. Muy bien venido.
- D. LUIS. ¿Vos...?
- DERKEN. Diablo tambien.
- D. LUIS. Dios guarde
á Satanás; y perdone
si esperó.
- DERKEN. No os ocasione

pesar eso, que no es tarde.

Con que ¿qué hay?

D. LUIS.

Grandes noticias.

DERKEN.

¿Y nuevas?

D. LUIS.

De ellas infiero

que anda todo el pueblo entero

festejando las albricias.

DERKEN.

Sepámoslas pues.

D. LUIS.

Oid:

pasado mañana está

el rey aquí, y á ser va

la corte Valladolid.

DERKEN.

¿La corte aquí! es ya proyecto

concebido muy de atrás

por el rey.

D. LUIS.

Y ahora á efecto

lo lleva.

DERKEN.

Bueno. ¿Y qué mas?

D. LUIS.

La paz está ya firmada

con Francia, y con tanta priesa,

que nos manda una princesa

por poderes desposada

con nuestro rey don Felipe;

y este, como el tiempo apura,

la vuelta hácia aquí apresura

porque no se le anticipe.

Con que la guerra acabó.

DERKEN.

Todo eso muy cierto es.

D. LUIS.

¿Sabiais...?

DERKEN.

Que el veinte y tres

de Julio se efectuó

la ceremonia en Paris,

firmó el de Alba por el rey,

y quedó conforme á ley

la boda.

D. LUIS.

Hizo con San Luis

la paz Santiago.

DERKEN.

Y sin miedo

de que otra traicion la estringa,

el rey se embarcó en Flesinga

y el siete arribó á Laredo.

Pero el tiempo no perdamos

- en relatos de política,
que en situación harto crítica
en este lugar estamos.
- D. LUIS.** Cuando os le vi señalar
para nuestra cita, á fé
que un tanto estraña me fué
la eleccion de tal lugar.
- DERKEN.** Pues es natural que así
sea: el demonio habita
esa casa; y pues os cita
el diablo, ser debe aquí.
- D. LUIS.** Teneis razon.
- DERKEN.** ¿Con que vos
estais de veras resuelto?
- D. LUIS.** Yo nunca la cara he vuelto,
dada una vez, ¡vive Dios!
Os dije que mi razon
me impelia á no aprobar
ciertos fueros que abrogar
se quiere la inquisicion.
De mi sospecha por ello,
y en mi empleo y en quien soy
sé que si un paso atrás doy,
arriesgo tal vez el cuello;
solo á raya les mantiene
contra mí, el darme favor
mi tio el inquisidor.
- DERKEN.** Que de secretario os tiene.
- D. LUIS.** Eso me vale; más pronto
saltar contra mí le harán,
y no quiero, por San Juan,
resignarme como un tonto.
Consérvome todavía
con la inmensa facultad
de mi empleo y dignidad;
mas tal vez me dure un dia,
y estoy de una vez dispuesto
á echar mano á mi poder
contra ellos, y á poner
mi cabeza en mejor puesto.
Si así mi oferta admitis,
hecha limpia y francamente,

valgámonos mutuamente, **mas no**
que valdrá mucho.

DERKEN.

Don Luis,
jamas dudé en vuestro honor,
mas no debí en compromiso,
tal poneros, sin aviso
del riesgo que hay.

D. LUIS.

Con valor
entro en la empresa; con él
sus consecuencias admito,
y os juro ¡al cielo bendito!
que seré muerto, mas fiel.

DERKEN.

No hablemos mas del asunto.

D. LUIS.

¿Queda hecho pues nuestro pacto?

DERKEN.

Satanás es siempre exacto.

D. LUIS.

Pues pasemos á otro punto.

¿Una carta...?

DERKEN.

La leí.

D. LUIS.

¿Supongo que...?

DERKEN.

Se quemó.

D. LUIS.

¿Disteis con la dama?

DERKEN.

Aun no.

D. LUIS.

Pero ¿estais en rastro?

DERKEN.

Sí.

¿Y los papeles?

D. LUIS.

Aquí.

DERKEN.

¿La inquisicion pues?

D. LUIS.

La erró.

DERKEN.

¿Podrá sorprenderos?

D. LUIS.

No.

DERKEN.

¿Cuestion concluida?

D. LUIS.

Sí.

DERKEN.

Esta noche ha de tener

fin todo: ¡alerta por Dios!

D. LUIS.

Ya sabeis que os toca á vos

mandar, y á mi obedecer.

DERKEN.

¿Es decir que os hallaré

allí siempre?

D. LUIS.

Siempre allí.

DERKEN.

¿Con cuanto haga al caso?

D. LUIS.

Sí.

DERKEN.

Pues allí os avisaré.

- D. LUIS. Con que me deis media hora
nada hará falta.
- DERKEN. Me avengo.
- D. LUIS. A todo el mundo hecho tengo
juguete mio hasta ahora.
- DERKEN. ¿Tan decidido, eh?
- D. LUIS. Os doy
con pleno conocimiento,
y con fé y convencimiento,
alma y vida y cuanto soy.
- DERKEN. Cuanto se añada es demas.
- D. LUIS. Con el corazon os hablo:
entero me doy al diablo.
- DERKEN. Contad pues con Satanás.
- Y en todo caso, don Luis,
acogeos sin dilacion
al austriaco pabellon.
- D. LUIS. Lo haré como lo decís.
- DERKEN. Y no os pesará jamas.
- D. LUIS. Con que hasta luego.
- DERKEN. Idos pues.
- D. LUIS. A Dios, señor Satanás.
- DERKEN. A Dios, don Luis de Valdés.
(*Vase don Luis.*)

ESCENA III.

VAN-DERKEN. *Luego* EL DOCTOR ROBLES.

- DERKEN. ¿Quién podrá en esta ocasion
competir con Lucifer,
teniendo á par el poder
del diablo y la inquisicion?
Mas el otro está ya aqui. (*Asoma el doctor.*)
- DOCTOR. ¿El diablo?
- DERKEN. Y Austria.
- DOCTOR. Señor...
- DERKEN. Muy buenas noches, doctor;
mas cumplidos remitid,
que es tarde. ¿Qué hay?
- DOCTOR. Todo está.
- DERKEN. ¿El lego?

- DOCTOR. Corre por mí.
- DERKEN. ¿El escultor habló?
- DOCTOR. Si.
- DERKEN. ¿Y lo otro?
- DOCTOR. Os lo traigo ya.
- DERKEN. ¿A ver?
- DOCTOR. En esta cajita
va, metido en un frasquillo.
- DERKEN. ¿Pero es remedio...
- DOCTOR. Sencillo
por demas.
- DERKEN. ¿Y necesita
precauciones?
- DOCTOR. Simplemente
en un liquido cualquiera
beberlo.
- DERKEN. ¿Si en vino fuera?
- DOCTOR. No hay ningun inconveniente.
- DERKEN. ¿Respondeis de su virtud?
- DOCTOR. Sobre mi honor. El doliente
que use de él, del accidente
queda en completa salud.
- DERKEN. Si no se pone mejor,
yo se le haré administrar.
- DOCTOR. ¿Tenéisme mas que mandar?
- DERKEN. ¿Dónde os hallaré, doctor,
si os necesito?
- DOCTOR. En mi casa,
como siempre; ni un momento
saldré de ella, solo atento
à vos.
- DERKEN. Recompensa escasa
no tendrá tal adhesion.
- DOCTOR. Ya conoceis por demas
que me entregó à Satanás
con todo mi corazon.
- DERKEN. Contad pues con su poder.
- DOCTOR. Cuento ya con su favor.
- DERKEN. Pues buenas noches, doctor.
- DOCTOR. Buenas, señor Lucifer.

ESCENA IV.

VAN-DERKEN. *Luego* ROBERTO.

DERKEN.

Adelante : en tal empresa
 cooperación bien estraña
 es la que el diablo interesa :
 mas ya está el diablo en campaña ,
 y no es el diablo un aliado
 digno en verdad de desprecio ;
 que tiene el brazo muy recio
 y el juicio muy despejado.
 Mas por allí venir veo
 á alguno ya.

ROBERTO.

(Ó veo mal ,
 ó de mi puerta al umbral
 que hay un embozado creo.)
(Tocan á las ánimas.)

DERKEN.

Eh, buen hombre , ¿ qué hace ahí?
 Por el tono en que está hecha
 la pregunta, entro en sospecha
 de que os busco á vos.

ROBERTO.

¡ A mí !

DERKEN.

Si por cierto ; ¿ no sois vos
 el bribon del hostelero
 de esta tienda ?

ROBERTO.

Caballero...

DERKEN.

Vaya, abre, y entre los dos
 vaciando un par de botellas
 en buena paz, te perdono
 la incividad del tono,
 y el tiempo que á las estrellas
 me has hecho que aqui te espere.

ROBERTO.

Es mala ocasion, hidalgo,
 y si el alma tiene en algo
 despeje.

DERKEN.

Segun se infiere
 de tus corteses modales
 no te trae con gran cuidado
 hacer bueno ó mal mercado.

ROBERTO.

No á fé.

DERKEN.

¿ Asi de tus umbrales

despachas á un forastero
que fatigado se llega
hasta tu mala bodega
á dejar su buen dinero?

ROBERTO. En tal caso, no os asombre,
buen hidalgo, y perdonad
que os advierta que dejes
el lugar, porque ya veis...
las leyes de la ciudad
no permiten que mi tienda
á esta hora...

DERKEN. Ya.

ROBERTO. Además,
vos ignorareis quizás
que la noche aquí... es tremenda.

DERKEN. ¿Por qué?

ROBERTO. Porque es esa casa,
según se dice, guarida
de algún ser de la otra vida...
y en fin... porque... pues... si pasa
la ronda... y nos ve...

DERKEN. Par diez,
cada vez te va turbando
mas tu cuento, y me va dando
mas sospechas cada vez
de que eres un embustero.

ROBERTO. De cualquier modo que fuere,
pues la justicia no quiere
que venda mas, caballero,
idos, ó por Barrabás
que invocaré contra vos
la ley.

DERKEN. Vaya entre los dos
tres palabritas no mas.

ROBERTO. Ni media, á la queda tocan;
y en fin, claro, no me quedo
con vos porque tengo miedo,
que esas campanas evocan
los diablos que en esa oscura
casa habitan.

DERKEN. Poco afan
te den: traigo un talisman

- que de sombras me asegura.
- ROBERTO. Vaya, camorra no quiera,
lárguese y téngalo á suerte.
- DERKEN. Bien: mas antes voy á hacerte
una pregunta ligera.
- ROBERTO. Diga.
- DERKEN. ¿Has estado en Amberes?
- ROBERTO. ¿Qué os importa á vos?
- DERKEN. ¿Conoces
la calle de las tres voces?
- ROBERTO. No.
- DERKEN. Pues haz lo que pudieres
por traer á tu memoria
esta calle, y vente en pos
de mí á su número dos.
- ROBERTO. ¡Cielo!
- DERKEN. Y sabrás una historia
que allí pasó, y que te debe
gustar... ¡Oh! es cosa gentil.
Pues señor, era esto en mil
quinientos cuarenta y nueve.
Era una hora avanzada
de una noche oscura y fria
cuando la puerta se abria
de la casa precitada.
Salió de ella un embozado;
hizo una seña; acudieron
otros tres: cuando se hubieron
los cuatro identificado
se colocaron por fuera
de la puerta, por la cual
salió á poco, ó vió muy mal
el que lo vió, una litera.
¡Dios!
- ROBERTO. ¡Dios!
- DERKEN. Creo que ya he logrado
tu atencion. ¡Oh! ya verás.
Pues señor, salió detras
de esta litera (embozado
tambien) otro personage,
que apartando un poco al guia
le dió... pues, lo que debia,
instrucciones para el viaje.

ROBERTO.
DERKEN.

Pero...
Un momento y se acaba.
Salieron con gran sigilo
de la ciudad, y tranquilo
el que á viaje los enviaba
volvió á su casa juzgando
seguro su porvenir.
Y aqui conviene seguir
á los que van caminando.
Atiende bien: pues señor,
yendo camino adelante,
dejaron atrás á Gante
y á Brujas, y hasta Nieupart
no pararon; desde alli
siempre con mucha cautela
para España dieron vela,
y cátaelos aqui.
Bajo el Cabo de Tordera
fueron de noche á fondear,
y vuelta á desembarcar
los cuatro con su litera.
De Castilla así la via
tomaron: cuatro, ten cuenta,
porque de Hoyos en la venta
se menguó la compañía.
Tomó unos hongos por setas
uno, y dos que los comieron
á las seis horas murieron:
cargaron con sus maletas
los otros dos, y metiendo
la litera en los pinares,
llegaron sin mas azares
á Simáncas: mas queriendo
en Valladolid entrar
sin ser vistos, por las breñas
del Pisuerga á las haciñas
llegaron de noche á dar.—
De unas barcas molineras
asiendo una, rio arriba
llegaron á fuerza viva
á tocar en las moreras.
Entonces dando uno de ellos

ROBERTO.

DERKEN.

ROBERTO.

DERKEN.

ROBERTO.

DERKEN.

ROBERTO.

DERKEN.

ROBERTO.

DERKEN.

ROBERTO.

DERKEN.

sobre el otro de repente,
 le mató, y á la corriente
 le arrojó por los cabellos.
 Saltó, ató la barca, abrió
 la litera, y una dama
 sacando en brazos... es fama
 que en la sombra se perdió. —
 ¿Qué tal? ¿es bueno el relato?
 Roberto, ¿qué te parece?

ROBERTO.

Que pagátese merece.
(Le tira una puñalada.)

DERKEN.

Te vendiste, mentecato.

ROBERTO.

¡Se ha despuntado sobre él
 el puñal!

DERKEN.

Gracias al cielo,
 me has rasgado el terciopelo,
 mas es de acero mi piel.
 Bien sabia de qué modo
 concluirías de oirme;
 mas no has de poder huirme
 sin que te lo diga todo.

¿Sabes el hombre quién era?
 Tú.

ROBERTO.

¡Yo!

DERKEN.

Tú: ¡oh! lo sé de cierto.

¿Pero dónde está, Roberto,
 la dama de la litera?

ROBERTO.

No lo sé.

DERKEN.

Luchas en vano
 conmigo, estás bien sujeto.

ROBERTO.

¡Oh! soltad.

DERKEN.

Estate quieto,
 ó te hago polvo la mano.

¿Dónde está? lo sabes.

ROBERTO.

Si;
 pero nunca os lo diré.

DERKEN.

Pues yo te lo arrancaré.
(Ábrese la puerta de la derecha.)

ROBERTO.

A mi, don Rodrigo, á mi.

ESCENA V.

ROBERTO. VAN-DERKEN. RONQUILLO. RONDA.

RONQ. ¡Hola! ¿qué es eso? ¿pendencia?

ROBERTO. Quitadme este hombre, señor.

RONQ. Sujétadle.

ROBERTO. Es un traidor.

DERKEN. No, que soy vuestra conciencia.

RONQ. Maniatadle.

DERKEN. Atrás, canalla.

RONQ. ¿Resiste?

DERKEN. ¿Para qué? No,

entre vosotros y yo

hay una invisible valla

que nunca podreis romper.

RONQ. ¿Cómo que no? á verlo vas:

¡ea, á él...! ¡Oh! preso estás.

DERKEN. Ronquillo, no puede ser;

tú me puedes sepultar

en la carcel mas sombría,

pero una palabra mia

á mis pies te ha de postrar.

RONQ. Imbécil, me haces reir.

No doblará mi justicia

la fuerza ni la malicia.

¡Necio! ¿que me has de decir

que el pavor en mi alma siembre?

veremos á quien apelas

en mi prision.

DERKEN. A Bruselas,

y al veinte y dos de Noviembre.

RONQ. ¡Santos cielos!

DERKEN. Don Rodrigo,

que os guarde Dios. Vamos.

RONQ. No,

tened.

DERKEN. Bien sabia yo

que no podiais conmigo.

RONQ. Apartad.

ROBERTO. Ved lo que haceis,
señor, ese hombre maldito

RONQ.

tiene un poder infinito.
 Déjanos. Ya me teneis
 solo con vos: caballero,
 ese recuerdo invocado
 tan á tiempo, ha coartado
 mi justicia: ¿qué quereis?
 ¿qué haceis aqui? ¿con quién hablo?
 ¿quién os puso de ese abismo
 sobre la boca...?

DERKEN.

RONQ.

DERKEN.

RONQ.

DERKEN.

Yo mismo.
 ¿Vos! ¿pues quién sois vos?
 El diablo.
 ¿Os burlais?

Vais á juzgar
 por lo que os voy y decir.
 Tened pues á bien de oír
 lo que os tengo que contar.
 Bruselas y veinte y dos
 de Noviembre... estoy fijando
 la escena: años van pasando
 del nacimiento de Dios
 mil y quinientos cuarenta
 y ocho; mas tal vez el caso
 sepais, estabais de paso
 en Bruselas, segun cuenta;
 pues señor, alli vivia
 un noble de aquel pais;
 baron recto, don Dionis
 Van-Derken; el cual tenia
 una hija hermosa y doncella,
 á quien un juez que llegó
 del estrangero, pidió
 para casarse con ella.
 Era hombre de gran favor
 este juez; depositario
 del afecto y secretario
 del difunto emperador;
 mas fugado de su tierra
 porque su conducta cruel
 habia puesto con él
 á todo su pueblo en guerra.
 Don Dionis, que protestante

era, y que además sabía
 que su hija le aborrecía,
 se la negó. En este instante
 allí el príncipe llegó
 recorriendo sus Estados.
 Y á poco á los obstinados
 galanteos se rindió
 la doncella de un galan
 castellano, seductor
 que la embriagó con su amor
 y se decia un don Juan.
 Mas una noche al dejar
 la casa por un postigo
 oculto, aquel enemigo
 de juez sobre él vino á dar.
 Tiré de la manta yo,
 desembozóse el amante,
 y el juez al ver su semblante
 de hinojos ante él cayó.
 Debió de ver doña Inés
 desde el balcón tal escena;
 porque de lágrimas llena
 y de su padre á los pies
 nombró al infiel seductor,
 y el padre, brotando fuego
 juró ir á quejarse luego
 ante el mismo emperador.
 Emprendió pues la jornada
 en su busca hácia Breda,
 llevando con él allá
 su doña Inés infamada.
 Para probar del galan
 la traicion, ya veis, tenia
 las cartas que la escribia
 bajo el nombre de don Juan.
 Y como el mozo imprudente,
 creyendo que su poder
 á hija y padre enmudecer
 lograria de repente,
 la escribió por-despedida
 una carta que firmaba
 con su nombre, y que probaba

RONQ.
DERKEN.

qué padres le dieron vida.
Pero...

Escuchad, que concluyo:
aquel maldito billete,
de letra igual á otros siete
de don Juan, daba por suyo
claramente lance tal,
cuyo final divulgado
le iba á atraer de contado
el desprecio universal.

Llamó entonces á aquel juez
conociendo bien quién era,
y le dijo: que pusiera
fin á aquello, de una vez. —

A los tres días, volviendo
don Dionis á su hospedaje,
en Amberes dió á su viaje
temprano fin, concluyendo
á puñaladas la vida.

Y unas tres horas despues
salió de allí doña Inés
para España, conducida
cerrada en una litera.

Y ahora os falta solamente
saber quién era la gente
de esta historia verdadera.

RONQ.
DERKEN.

Callad, callad.

No, por Dios,
fuerza es que os lo participe
del todo: el rey don Felipe
era el galan, el juez vos.

El que á puñaladas muerto
dejó á don Dionis, y á Inés
trajo á Castilla despues
por orden vuestra, es Roberto.
¡Todo lo sabe!

RONQ.
DERKEN.

Si, todo.
Las ocho cartas cogidas
á doña Inés, reunidas
conservais, y de este modo
si el rey os quiere perder
con remitirlas al papa

tendrá el rey que haceros capa
su honor para mantener.

El juego es como perverso
seguro ; pues de los dos
solo él juega contra vos ,
y en su contra el universo.

Pero no se os advirtió
que tras vuestro juego á vueltas,
tomando las cartas sueltas
os conozco el juego yo.

RONQ.

(¡ Ira de Dios ! ¿ qué hombre es este
ante mis pasos opuesto ?

Mas es fuerza salir de esto
pronto... y cueste lo que cueste.)

La historia sabeis de coro ,
y aunque acaso mia no es
cual decís , veamos pues
qué quereis con ella. ¿ Es oro ?

DERKEN.

Tengo mas del que deseo.

RONQ.

¿ Es nobleza ?

DERKEN.

Soy tan noble
como un rey.

RONQ.

¿ Es poder ?

DERKEN.

Doble

que vos , como veis , poseo.

RONQ.

Con poder , oro y nobleza ,
no sé qué quereis de mi
cuando me venís así
á entregar vuestra cabeza.

DERKEN.

Ya os dije que entre nosotros
hay una valla imposible
de saltar.

RONQ.

Todo es posible
tal vez...

DERKEN.

Será para otros.
¿ Con que no os inspira Dios ,
noble , rico y con poder ,
qué es lo que puedo querer ,
señor Ronquillo , de vos ?

¿ Y en lo que puedo querer
teneis aun algun reparo ?

Lo que quiero está bien claro ,

las cartas y la muger.

RONQ. Voto á...

DERKEN.

Nada; es muy sencillo;
vos de pillo nos la dais,
y como juego jugais:
va á lo mas de pillo á pillo.

RONQ.

Mil veces no: antes al rey
me entregaré.

DERKEN.

Mas sin fruto.
Yo sé que os pondreis astuto
á cubierto de su ley
si le decís con teson:
«ó por las cartas que os doy
libre á otros reinos me voy,
ó entrego á la inquisicion
la mitad de ellas y envio
á Roma la otra mitad;»
y pensais bien en verdad
si al rey veis... mas no lo fio.

RONQ.

DERKEN.

RONQ.

DERKEN.

RONQ.

DERKEN.

RONQ.

DERKEN.

RONQ.

¿Qué es lo que quereis decir?
Que el rey vendrá.

Y pronto á fé.

Para vos tarde.

¿Por qué?

Acabareis de morir.

¡Oh! ya apurais mi paciencia.

Mirad que va en la partida
la vida contra la vida.

Fuerza es ganar la existencia
á cualquier coste; y pues ya
el juego está conocido,
dad el vuestro por perdido.

¡Hola! (*Llama á su gente.*)

DERKEN.

Un momento: otro está
en el secreto en union
conmigo, y si un dia falto,
se planta al punto de un salto
en la santa inquisicion;
de todo ello la previene,
y el rey... es rey... con que vos
ireis á dar cuenta á Dios
por ambos... ved si os conviene.

RONQ.
DERKEN.

¡Nudo infernal!

Y apretado:

un nudo gordiano, alcalde,
querer romperle es en balde,
y aflojarle es arriesgado.

Con que os tengo que perder
ó la tengo que salvar:

ved pues si me quereis dar
las cartas y la muger.

RONQ.
DERKEN.

Nunca.

Ved que osaré á todo;

que os espío sin cesar,

y que tengo de lograr

mi intencion de cualquier modo.

RONQ.
DERKEN.

Nunca.

En tres dias con hoy

llega aqui el rey; sed prudente:

pensadlo maduramente:

veinte y cuatro horas os doy. *(Vase.)*

ESCENA VI.

RONQUILLO. EL CABO DE LA RONDA.

CABO. Señor, ¿le hemos de prender?

RONQ. No, no. Id sin mí á rondar.

CABO. ¿Os volvemos á buscar?

RONQ. Tarde; ahora tengo que hacer.

(Vanse todos. — Roberto queda tras la puerta de su taberna, que estará entornada.)

ESCENA VII.

RONQUILLO. ROBERTO.

RONQ. Se ha desatado el infierno

esta noche contra mí.

¡Oh! ¿quién trajo ese hombre aquí?

¿Quién es... quién es...? ¡Dios eterno!

todos, todos en un dia

mis planes desbarató:

todo me lo sorprendió.

¿Sueño? no... ¡horrible agonía!
Es por desdicha muy cierto
todo... ¿y un medio no habrá
que de él me libre...? Quizá...
mas pronto ha de ser. Roberto.
Señor.

ROBERTO.

RONQ.

ROBERTO.

RONQ.

ROBERTO.

RONQ.

ROBERTO.

RONQ.

ROBERTO.

RONQ.

ROBERTO.

RONQ.

ROBERTO.

RONQ.

ROBERTO.

RONQ.

ROBERTO.

RONQ.

ROBERTO.

RONQ.

ROBERTO.

RONQ.

ROBERTO.

¿A ese hombre conoces?

No señor.

¿Qué imbécil eres!

Señor, conoce en Amberes
la calle de las tres voces.

Y algo mas.

¿Mas?

¡Todo, todo!

Lo temí.

¡Y aqui, Roberto,
le has tenido y no le has muerto!

¡Guardóle Dios!

¿De qué modo?

Cuando esa historia fatal
vi que sabia, derecho
mi golpe le asesté al pecho.

¿Le erraste?

Saltó el puñal.

¡Oh! á todo está prevenido.

Mas de él es fuerza salir.

Si de esta casa ha podido
el misterio descubrir...

¿Habló de ello?

No.

En tal caso
no sabe nada, y claro es,
preguntó por doña Inés,
y ahorrar semejante paso
debió, porque es evidente
que por ella preguntar
era venir á mostrar
que ignora completamente
dónde está.

Cierto.

¡Oh! muy cierto;
dió un paso en falso.

RONQ.

Es verdad.

Sacarla de la ciudad
es necesario, Roberto.
La misma supersticion
con que habemos esta casa
cercado, será ya escasa
valla á nuestra salvacion.

ROBERTO.

El vulgo está persuadido.

RONQ.

Y era ya fé universal;
hasta el santo tribunal
está de ello convencido.

¡Oh! mientras en ese asilo
se la pudo hacer vivir,
bien podiamos dormir
con el corazon tranquilo.

ROBERTO.

Nadie á sospechar llegó
jamás que yo le guardaba.

RONQ.

Ni que al infierno mandaba
á los imprudentes yo.

ROBERTO.

Sí, pero desde este instante
todo esto pende de un pelo:
no sé que hacer, vive el cielo.

Señor, lo mas importante
es alejarla de aquí
si os habeis de asegurar,
y si quereis conservar
pruebas que os salven.

RONQ.

¡Oh, sí!

ROBERTO.

Mas alguien llega.

Embozado

se acerca un hombre.

ESCENA VIII.

ROBERTO. RONQUILLO. ESPÍA.

RONQ.

ESPÍA.

¿Quién va?

¿Alguno razon me da
de la casa ó del juzgado
de don Rodrigo Ronquillo?

RONQ.

ESPÍA.

Yo mismo soy.

Pues tomad. (*Le da un pliego.*)

RONQ. ¿De quién?

ESPÍA. De su magestad.

RONQ. ¡Del rey!

ESPÍA. Y debeis abrillo

al instante.

RONQ. ¿Es tan urgente?

ESPÍA. Abridlo y ved.

RONQ. Ya está abierto:

acerca esa luz, Roberto.

(Roberto acercando la luz se dispone á ver el pliego: el espía se la quita de la mano y alumbra.)

ESPÍA. Trae.

RONQ. ¿Qué haceis?

ESPÍA. No es conveniente

que los ojos de un villano

se posen en los renglones

donde regias instrucciones

os envia el soberano.

RONQ. Largo escribe.

«Don Rodrigo: dentro de dos dias llegaré á Valladolid, mi nueva corte, y vos sois el primero á quien quiero ver en mi palacio. El portador de este pliego debe ser recibido á vuestro servicio desde el punto en que os lo entregue. Gefe de vuestras rondas, secretario de vuestro juzgado y mayordomo de vuestra casa, no se separará de vos hasta que nos veamos. He oido decir que hay una casa contigua á la vuestra, conocida por la Casa del Diablo, y esto me ha hecho pensar en que para alejar de él importunas curiosidades, conviene á mis intenciones que conserve cierto prestigio sobrenatural, á lo que ayudará como vereis su traje y fisionomía. Por lo demas, mi confianza tiene, y en él ha de ser la vuestra depositada. Mas no por eso os coartará en nada la voluntad. Cuando le habléis escuchará; cuando le mandeis obedecerá. Su señor sois, y vuestro esclavo es; ni debe vivir sino al lado vuestro, ni os debe ocurrir un daño de que él no participe. Y si (de lo que os guarde el Señor) en el ejercicio de vuestras funciones os ocurriera sucumbir en defensa nuestra, caer deberá él delante de vos. Tal es la voluntad de vuestro rey

Felipe Segundo.

RONQ.

Mucho en vos
se fia el rey.

ESPIA.

Ya lo veis.

RONQ.

Yo espero que cumplireis
bien.

ESPIA.

Y yo, mediante Dios.

RONQ.

En casa os daré aposento
y cuanto hayais menester,
y empezareis á ejercer
vuestro cargo en el momento.

ESPIA.

Tal es la real voluntad.

RONQ.

Que entera se ha de cumplir.

ESPIA.

Mandad, ya empiezo á servir.

RONQ.

No, esta noche descansad.

ESPIA.

Mandó el rey que ni un instante...
nos apartemos.

RONQ.

Yo os mando
que descanséis.

ESPIA.

¿Hasta cuándo?

RONQ.

Hasta la cena. — Id delante.

Gil.

GIL.

Señor...

RONQ.

Alumbra y guia
á mi aposento á este hidalgo,
y de cuanto tengo y valgo
es dueño en ausencia mia.

ESPIA.

Señor... (*Saludando.*)

RONQ.

Remitid cumplidos,
y subid.

ESCENA IX.

RONQUILLO. ROBERTO.

RONQ.

¡Viven los cielos
que el rey viene con recelos
de que he de dejar fallidos
sus afanes! Si por Dios,
es un testigo, un espia
eterno lo que me envía;
mas nos veremos los dos.

ROBERTO.

¿Qué hay, señor?

RONQ.

Llueven azares
en esta noche maldita:
otro diablo.

ROBERTO.

¡Cruz bendita!

RONQ.

Los echa el infierno á pares.

ROBERTO.

Pero ¿quién es?

RONQ.

Un espía

que del diablo bajo el nombre
me envia el rey en ese hombre:

(El balcon se entrecubre.)

mas tenemos todavia
algunas horas delante,
y no me harán desmayar
mientras pueda aprovechar
la ventaja de un instante.

Roberto, vas á partir
con la muger que se encierra
en esa casa: pon tierra
por medio.

ROBERTO.

¿Dónde he de ir?

RONQ.

No lejos: á mi castillo
de Fuensaldaña, que importa
que esten á distancia corta
las venganzas de Ronquillo.
Guárdala en una mazmorra,
y vuélvete en la noche alta,
que un siervo fiel me hará falta
que á par mis peligros corra.

Desde tu vuelta, jamás
té me apartes, y si muero
á traicion, como lo espero,
sobre mi pecho hallarás
un relicario de plata
que llevo al cuello colgado:
rómpele pues sin cuidado:
verás unas cartas que ata
un delicado cordon:
hay ocho; cuenta las siete,
y al punto á entregarlas vete.

ROBERTO.

¿A quién?

RONQ.

A la inquisicion.

ROBERTO.

¿Y la que queda?

— Al vicario apostólico, y al punto huye, ó cuéntate difunto. A más, un breve sumario de mi mismo puño escrito te haré, que te ilustrará: voy á escribirle: mas ¡ah! con ese espia maldito en mi cuarto no podré.

ROBERTO.

RONQ.

En el mio. Vamos, si: lo dispondré todo allí y por la cava entraré que á mis aposentos pasa sin ser visto. Vamos presto.

(*Entran. — Se asoman el espia y Van-Derken, uno á la ventana y otro á la esquina.*)

ESCENA X.

EL ESPIA. VAN-DERKEN.

ESPIA.

DERKEN.

¡Por la hostería!
¿Qué es esto?
¿entra por allí á su casa?

ESPIA.

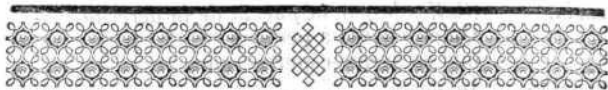
(*Cierra la ventana, pero cuando ya Van-Derken le ha visto.*)

DERKEN.

Diligencia vana fue cerrar; le vi... ¡hola! ¡hola!
¿A quién se hará creer que sola se abre y cierra una ventana?
Reflexionemos. — Aquí la hostería; frente á frente su casa, que claramente tiene entrada por allí: la Casa del Diablo en medio de la plaza, y un espia desde allí... ¡por vida mia! ya son míos sin remedio. Todo al fin lo comprendi. Mios son. Mas ¿quién va allá?

- ESPÍA. *(Saliendo por la puerta de la derecha.)*
 Quien cuenta á pediros va
 qué es lo que esperais aqui.
 DERKEN. Llegaos.
 ESPÍA. Y vos.
 DERKEN. Bien.
 ESPÍA. Bien.
 DERKEN. ¿Con quién estoy?
 ESPÍA. Con el diablo.
 DERKEN. ¡Jesus!
 ESPÍA. ¿Y yo con quién hablo?
 DERKEN. ¿Vos? con el diablo tambien.
 Mas tened en cuenta vos
 que no somos de igual grey;
 vos sois el diablo del rey,
 yo soy el diablo de Dios.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Acto segundo.

La misma decoracion. — Es de noche. — Abierta la escena el teatro permanece solo un momento. Despues se oyen dar las once y media de un reloj de torre, y al dar la última campanada de los cuartos se presentan en la escena don Luis, que sale embozado por la derecha, y Van-Derken, que sale por la puerta de la taberna. — Debe verse claramente que es una cita.

ESCENA PRIMERA.

DON LUIS. VAN-DERKEN.

- D. LUIS. (Mirando.) Aun no está, y la hora es.
DERKEN. Allí está.
D. LUIS. ¡Cómo! ¿Salís de ahí?
DERKEN. Silencio, don Luis; todo es nuestro.
D. LUIS. ¿Cómo pues?
DERKEN. Dentro de su casa ya el infierno les meti, y al volver su dueño allí, don Luis, con los diablos da. ¿Me comprendeis?
D. LUIS. Si, muy bien.
DERKEN. El puesto han abandonado... Y el diablo les ha ganado

- las vueltas.
- D. LUIS. ¿Teneis tambien
la dama?
- DERKEN. Está asegurada;
y ahora si que con razon
pueden de esa habitacion
decir que está endemoniada.
¿Y vos?
- D. LUIS. Todo está. (*Enseñándole un papel.*)
DERKEN. Rumor
oigo: apartémonos ya.
Volved al puesto que os dí,
y aguardad tranquilo allí
mis órdenes.
- D. LUIS. Bien está.
DERKEN. Yo lo he dispuesto de modo,
que sin peligro ni ruido,
podrá quedar sorprendido
en breves instantes todo.
- D. LUIS. A Dios pues.
DERKEN. A Dios.
(*Vanse: por la izquierda Van-Derken, y don Luis por
la calle del fondo.*)

ESCENA II.

RONQUILLO y ROBERTO, *por la derecha.*

- RONQ. Estamos
á salvo. Toma el papel,
Roberto: tendrás con él
francas las puertas.
- ROBERTO. Pues vamos,
señor; manos á la obra.
- RONQ. Ten mucha cuenta: oirás
una serenata: ¿estás?
entonces habrá de sobra
tiempo y ocasion. Mi gente
haré que aqui cerca se halle:
con que ganas esa calle,
y á Fuensaldaña.
- ROBERTO. Corriente.

RONQ.

En cuanto al maldito espía,
ordené que entre el tumulto
le busquen tantos el bulto,
que en paz nos deje á fé mia.
Con que entra, y mucha atencion.

ROBERTO.

Descuidad.
(*Entrase Roberto en la taberna, cuya puerta se cierra al momento y de golpe.*)

ESCENA III.

RONQUILLO.

Tenga yo suerte
esta noche, y soy mas fuerte
que el rey y la inquisicion.
¿Creiste al mirarte loco
de medio universo dueño
que era un hombre muy pequeño
y una afrenta era bien poco?
Enseñarte quiero pues
que no hay quien tanto levante
que decir pueda arrogante:
todo el mundo está á mis pies.
¡Oh! por Dios, que has de envidiar,
si mi vuelo has de seguir,
mi viento para subir,
mis alas para volar.
Hola: vuelven mis lebreles
por mí.

ESCENA IV.

RONQUILLO. UNA RONDA.

CABO.

RONQ.

CABO.

RONQ.

Señor, Dios os guarde.
¿Qué hay?
Se recogen tarde
los vecinos hoy.
Son fieles
á su rey, y como saben
que aquí con su corte viene,
lo celebran. Mas conviene

que sus festejos acaben.

Id pues el barrio á limpiar,
y haced que nadie transite
por él. (*Al cabo.*) Tal vez necesite

de vos: oid. Al sonar
las doce, traed la gente
por esa calle, en la cual
hasta que oigais mi señal
estareis ocultamente:

oireis una serenata
de esa otra calle al emboque;
quietos, y dejad que toque:
tendreis música barata.

De esa esquina por la reja
una muger sacarán
con disimulo, y se irán.

Cuando veais que se aleja
la serenata de aqui,

os poneis sobre su pista,
y sin perderla de vista

vais donde vaya: si asi
se llegan de la ciudad

á algun extremo y la puerta
les niegan, haced que abierta

les sea, y vayán en paz.

Mas si antes de que concluya
del todo la serenata

oís mi pito de plata,
salid, y que nadie huya.

¿Entendisteis?

Si señor.

Id pues, y alerta.
(*Vase el cabo con su ronda.*)

ESCENA V.

RONQUILLO. *Despues* GIL.

RONQ.

Veamos

ahora en casa como estamos

con mi regio embajador.

Gil.

GIL. (Dentro.) Señor.
 (Mientras llama y habla con Gil, se abre una ventana del piso bajo de la taberna, por la que sacan una mano que hace una seña con un pañuelo blanco, ocultándose inmediatamente. En seguida Van-Derken, embozado y de puntillas, se acerca con mucha precaución á la reja, por la cual le dan un papel, que guarda, alejándose del mismo modo.)

RONQ. ¿Y el forastero?

GIL. En vuestro aposento.

RONQ. ¿No salió de él?

GIL. Si que salió, y sospecho que primero abrió el balcon para ver á alguno que fuera estaba.

RONQ. ¿Y ha tardado mucho?

GIL. Acaba casi ahora de volver.

RONQ. ¿Habló en casa con alguno?

GIL. Con nadie; y segun parece, le aconteció ó le acontece contratiempo inoportuno.

RONQ. ¿Por qué?

GIL. Porque ha vuelto inquieto, confuso y descolorido.

RONQ. (Habrá mi rastro perdido, y duda lograr su objeto.)

Gil, dile que aqui le aguardo.

(Gil entra en la casa: un momento despues sale el espia de ella.)

ESCENA VI.

RONQUILLO. ESPÍA.

RONQ. (¿Espia del rey...? ¡por Dios que se han de llevar los dos solemnisimo petardo!)

¿Descansásteis?

ESPÍA. Nunca siento cansancio para el servicio del rey.

- RONQ. Pues en ejercicio
vais á entrar desde el momento.
- ESPIA. Mandad.
- RONQ. Antes es preciso
aclarar entre los dos
qué soy yo aqui, y qué sois vos,
para ir ambos sobre aviso.
- ESPIA. Señor, ¿no os lo escribe el rey?
«Hablad y os escuchará:
mandad y obedecerá.»
Oír y obrar es mi ley.
- RONQ. Sí; mas en vos me señala
secretario y mayordomo,
tutor creo. ¿Y esto cómo
con obedecer se iguala?
Si mi casa gobernais,
mi correspondencia veis,
de mis rondas disponeis,
¿obedeceis ó mandais?
¿Bajo qué aspecto desde hoy
os mostrareis á mi lado?
- ESPIA. Su magestad os ha dado
á entender bien lo que soy.
- RONQ. Su magestad hizo mal
en no esplicarse mejor.
¿Qué es decir que os dé el valor
de un ser sobrenatural?
¿Piensa el rey que su justicia
necesita ese misterio?
¿Ó cree que en mi ministerio
me hallo falto de pericia?
El rey discurre que os deis
de Satanás la apariencia;
si lo podeis en conciencia
efectuar, vos lo sabreis.
Yo ni reto á Satanás,
ni ultrajo la religion,
y temo á la inquisicion
para osar á ello jamas.
Y en fin, arguye malicia,
y es un falso testimonio
á la verdad, que el demonio

ESPÍA.

acompañe á la justicia.
Yo no traigo facultad
para discutir con vos.
Servir al rey manda Dios,
serviros su autoridad.
Yo os debo de obedecer,
y os debo de acompañar:
debo oír, ver y callar,
pero á él solo responder.

RONQ.

¿Es decir que vais, amigo,
á hacer el doble papel
de espía para con él,
de traidor para conmigo?
Esto es: que estan mis secretos,
mis actos, mis pareceres,
y hasta mis mismos deberes
á vuestra inspeccion sujetos.
¿No es así? pues escuchad:
si á esto habeis aqui venido,
volveos, y que os despido
decid á su magestad.
¡Cómo!

ESPÍA.

RONQ.

Si no me separa
de la dignidad que tengo,
ni aun al mismo rey me avengo
á dar á torcer mi vara.

ESPÍA.

Nada alcanza mi impericia
antes que su augusta ley.

RONQ.

Lo primero no es el rey,
señor mio, es la justicia.
Y si el rey mismo á pecar
contra ella osado se atreve,
mientras yo esta vara lleve
ni el rey se me ha de escapar.
Harto os he dicho: entendedme,
y arreglaos á ello en tanto
que aqui estais.

ESPÍA.

Sabe el rey cuánto
os debe, señor, creedme.

RONQ.

Bueno está; entendedme os digo;
y pues vamos compañeros,
ya sabeis á qué ateneros

para caminar conmigo ;
 mas ved que si en falso os pillo ,
 mas que pese á su real ley ,
 os las habreis vos y el rey
 con el Alcalde Ronquillo.

ESPÍA.

(Decidido es el alcalde.)

RONQ.

(Taimado es el tal espia.)

ESPÍA.

(Será en balde su osadia.)

RONQ.

(Su astucia ha de ser en balde.)

Ahora empezad á jugar
 vuestro endiablado papel ;
 sabio sois, pues sois Luzbel.

Mirad cómo vais á obrar.

Podeis esa orden leer
 del santo oficio , en la cual
 á un hombre muy principal
 manda esta noche prender.

Y pues sois mi secretario ,
 leed alto. (*Linterna.*)

ESPÍA.

Dice así :

«Un noble mancebo, atrevido y enamorado, se ha propuesto robar de la casa de sus padres á la engañada doncella, que es el objeto de su pasion. Fiado en el pavor que inspira al vulgo la Casa del Diablo, y seguro de que por ello no han de osar los crédulos vecinos que á su alrededor habitan ni aun asomarse á las ventanas, la sacará esta noche por una cancela que su jardin tiene durante una serenata, que es para ella la señal convenida. En consideracion al decoro de su familia, y á la elevada nobleza del mancebo, es la voluntad de su Eminencia el Inquisidor general que sean tan hábilmente sorprendidos, que ni haya en la calle escandaloso estruendo, ni los padres de la dama se aperciban de su deshonor. Para conseguirlo pues, es preciso que dejándoles al parecer consumir su fuga, quede la doncella dentro de su casa antes de amanecer, y asegurado el mancebo hasta el dia siguiente, que será presentado á su Eminencia el Inquisidor general don Fernando de Valdés, arzobispo de Sevilla; quien recomienda el desempeño de esta comision delicada á la actividad y discrecion del Alcalde de Casa y Corte don Rodrigo del Ronquillo.»

RONQ.

Para coger pues aqui
 á ese mozo temerario,
 oid lo que habeis de hacer,
 que pues os he de fiar
 lo que por mí ha de pasar,
 ahora os hé menester.
 Con oro ó miedo he ganado
 á todos sus confidentes.
 De manera que sus gentes
 son nuestras por decontado.
 ¿Conoceis las calles?

ESPÍA.

Sí.

RORQ.

¿Sois de la ciudad?

ESPÍA.

No á fé;

RONQ.

mas há tiempo que habité
 mas de seis años aqui.
 Bien : en la Plazuela-vieja
 y número diez y seis,
 junto á su puerta vereis
 con celosía una reja.
 Llamad á ella : saldrán
 seis hombres enmascarados.
 Son los músicos buscados
 por el mancebo galan,
 que traerán sobre su huella
 una litera cerrada
 por el mozo, destinada
 á llevar á la doncella.
 Tienen orden de seguiros.
 Calle adelante echareis,
 y aqui con ellos vendreis ;
 y porque pueda sentirlos
 yo, que entonen la cancion
 que ha compuesto contra mi
 Cristóval Benameji.
 Es la mejor precaucion
 para que nadie se asome
 á mirar lo que aqui pasa,
 sabiendo que esta es mi casa,
 y que es muy facil que tome
 venganza de insulto tal.
 En esa calle postrera

haced quedar la litera ;
cuando llegueis , otra igual
habrá aquí por gente fiel
conducida : en ella irá
otra muger que está ya
instruida en su papel :
se alejará entre mi gente ,
y el mozo que cerca espera ,
viendo dama en la litera
la seguirá erradamente.
Mi ronda hará lo demas ;
vos en tanto os quedareis
á esa puerta , que oireis
abrir por dentro : sin mas
esperar , hablar , ni oir ,
dareis á quien se presente
esta carta , y prontamente
cerrais , sin dejar salir
á nadie : y con tal prudencia
quedará ella con honor ,
y á dar vendrá el seductor
á manos de su eminencia.
¿Habeis comprendido?

Todo.

ESPÍA.
RONQ.

Pues andad , que darán presto
las doce , y es fuerza que esto
se concluya y de este modo.

ESCENA VII.

RONQUILLO.

Bien , todo va bien. En vano
luchas conmigo ; y mi muerte
deseas porque tu suerte
tengo yo ¡oh rey ! en mi mano.
En tu gracia he de morir ,
y en vida me has de temer ,
ó funesto te ha de ser
el amar y el escribir.
Tu padre el emperador
secretos fió á mi fé ,

con los que á fuerza obtendré
 de ti mismo igual favor.
 Por ellos parti á la par
 con él su imperial poder.
 Mi rival quisiste ser,
 y por mí no ha de quedar.
 Tu atropellaste mi amor
 con tu poder soberano,
 mas hoy pende de mi mano
 la balanza de tu honor.
 Otros cortesanos viles
 con honores se contenten,
 y por dichosos se cuenten
 con aduarte serviles.
 En una mirada tuya
 funden su dicha menguada,
 sin pensar que otra mirada
 es facil que les destruya.
 Ese oropel exterior
 á los necios abandono;
 yo, aunque te pese, ambiciono
 mas positivo favor.
 De tí á mí será la lucha;
 mas será con armas tales,
 que de no quedar iguales,
 sacarte hé ventaja mucha.
 Partirá el cetro, aunque á oillo
 no llegue jamas el mundo,
 el rey Felipe Segundo
 con el Alcalde Ronquillo.
 Gil.

GIL. (Dentro.) Señor.

ESCENA VIII.

RONQUILLO. GIL.

RONQ. Baja mi espada:
 mantener quiero á la vez,
 como hidalgo y como juez,
 el honor de esta jornada.

GIL. Tomad.

- RONQ. Las ventanas cierra,
Gil; y cuenta cómo sales
ni siquiera á los cristales,
aunque sientas que la tierra
se hunde.
- GIL. Señor, si de mi
necesitais...
- RONQ. No por cierto;
ciérrate bien, y te advierto
que á nadie abras.
- GIL. Lo haré así.
Pero si dado me fuera
decir lo que pienso...
- RONQ. ¿Qué?
GIL. Si me da vuesa mercé
permiso...
- RONQ. Di.
GIL. Una quimera
será acaso de mi oscura
ignorancia.
- RONQ. Circunloquios
deja, que para coloquios
no estoy ahora, y se me apura
la paciencia.
- GIL. Pues señor,
con franqueza y de una vez:
solo y de noche ¡par diez!
tengo en casa...
- RONQ. ¿Qué?
GIL. Pavor.
RONQ. ¿Pavor tú, que tienes fama
de hombre de tal corazón,
que hay quien apuesta por tí
para reñir contra dos?
Te burlas.
- GIL. No son los hombres
á los que temo, señor.
En lances bien apretados
me habeis metido, y por Dios
que os dejé bien, ya lo visteis.
- RONQ. ¿De quién es pues tu temor?
GIL. No lo sé.

RONQ.

GIL.

Gil.

Perdonadme

si asaz importuno estoy ;
 más permitid que os recuerde
 la noche en que vos y yo
 entramos en esa casa.

RONQ.

Mandóme la inquisicion
 registrarla.

GIL.

Y así fué ,

que una pieza no quedó
 por mirar.

RONQ.

Bien ; y en seguida

dejamos el interior
 abandonado ; cerráronse
 las entradas ; se tapió
 su piso bajo , y sellóse
 con discreta precaucion
 cada nueva cerradura
 que el santo oficio mandó
 poner ; dieron escribanos
 fé de ello ; y en conclusion ,
 quedó á un abandono eterno
 condenada , Gil , en pró
 del bien público , y por dar ;
 fin á la maligna voz
 de que era casa de hichizos ,
 y del diablo habitacion.
 Mas nada hallamos en ella ,
 y desde esto aconteció ,
 no hay tampoco mas que el miedo
 con que la supersticion
 por las pasadas consejas
 sus cavidades pobló.

GIL.

Tal creí yo , mas sospecho
 que estamos en un error.

RONQ.

¿ Por qué ?

GIL.

Porque , la verdad , ¡

señor juez , mientras que yo
 aguardando vuestra vuelta
 tras los vidrios del balcon
 velo por las noches , noto...

RONQ.

¿ Qué notas ?

GIL. Que mientras vos
con el espia Roberto
estais en conversacion
en su casa, dentro esotra
pasa algo que no sé yo
esplicar, pero que prueba
que hay quien mora esa mansion.

RONQ.
GIL. ¿Y de qué lo infieres tú?
De que yo he visto, señor,
pasar luces á través
de las maderas, y són
oí de voces humanas,
y lamentos de dolor
dentro de aqueso recinto.

RONQ.
 ¿Y has oido alguna voz
conocida?

GIL. Aunque la hubiera,
me lo estorbara el temor:
que á cada paso he temido
ver abrirse algun balcon
ó ventana, y asomarse
algun vestiglo feroz
del infierno.

RONQ.
 Vaya, Gil,
solo tu imaginacion
pudo fingir tales sueños.
Entra y vive sin temor
de que las ventanas se abran
de esa desierta mansion.

GIL.
 ¿Y si nos equivocaramos
y hubiera en ella...

RONQ.
 Sé yo
que no hay quien pueda salir
ni asomarse al exterior.

GIL.
RONQ.
 ¿Mas si se asomaran... Gil,

basta de conversacion.
Si esas ventanas se abrieran
cual tu miedo imaginó,
y ser humano por ellas
se asomara, sabe Dios
que quien mas se asombraria

GIL.
RONQ.

de caso tal fuera yo.

¿Vos?

Es claro. ¿No fué á mi
á quien se dió comision
de penetrar sus misterios,
y despejar su interior
de cuantos seres nacidos
en ella hicieren mansion?
La iglesia si habia diablos
los diablos exorcizó;
los hombres si los hubiera
en mis manos dieran.

GIL.

¡Oh!
eso sí; y no lo pasaran
muy bien.

RONQ.

Gil, á fé que no.
Entra pues, y cierra bien:
y no pongas atencion
en ruidos ni en resplandores
de luces, que del pavor
son fantásticas ficciones.

GIL.

Y pues garantizo yo
la soledad de esa casa,
quimeras y no mas son.
Muchos años lealmente
os he servido, señor;
y aunque sueños míos, de ellos
fué ley el daros razon.

RONQ.

Te conozco, y lo agradezco:
mas ya te he dicho que yo
respondo de todo al vulgo,
al rey y á la inquisicion.
Entra.

ESCENA IX.

RONQUILLO.

Criado leal
que vive sin inquietud
conservando su virtud
en el templo de Belial.

¡ Oh quién tuviera la calma
que tiene en su corazon ,
atento á su obligacion ,
y la quietud de su alma !

¡ Cuánto envidio su ventura !

trocara por su baja
esta vida de grandeza ,
tormentosa é insegura .

¿ Qué digo ? ¡ cuán necio soy !

ya no es tiempo de cejar .

(Música á lo lejos , que se acerca mas cada vez.)

Mas siento gente llegar :

me aparto... temblando estoy .

(Ronquillo se aparta á la izquierda. Poco despues bajan
á la escena seis músicos , que vienen cantando la 1.^a
estrofa de la cancion , y guiados por un embozado.)

ESCENA X.

El EMBOZADO y los músicos se llegan á la esquina de la casa de la derecha cantando , y en ella se paran. Al mismo tiempo sale de casa de Roberto otro EMBOZADO y una litera conducida por dos enmascarados y se colocan entre los músicos , que en cuanto tienen en medio de ellos la litera se alejan cantando la 2.^a estrofa. El ALCALDE RONQUILLO , que presencia todo esto con muestras de satisfaccion , se acerca al EMBOZADO que sale de casa de Roberto , el cual le contesta secamente , y sigue su camino .

RONQ. (Ellos son... ¿ Si estará listo
mi buen Roberto ?)

CANCION.

ESTROFA 1.^a Niñas vallesolitanas ,
si os desvela amor quizá
no abrais hoy vuestras ventanas ,
que de ronda el diablo está .

¡ Ja ! ¡ ja ! ¡ ja !

Diablo que anda por Castilla
con vuelillos y golilla ,

¿quién será?
 ¡Jesucristo qué fracaso!
 ¡Ya está aquí! dejadle paso,
 allá va.
 ¡Ja, ja, ja!

RONQ.

Ya aquí

salen: ¿está todo?
 (Al embozado de la litera.)

EMBOZ.

(De la litera.) Si.

RONQ.

Pues aprieta, vive Cristo.

(Vanse los músicos despacio cantando la segunda estrofa. Ronquillo los contempla tranquilamente. Poco de-
 tras de los músicos va la ronda conducida por el ca-
 bo á quien Ronquillo encargó semejante maniobra, y
 que ha salido por la derecha.)

ESTROFA 2.ª

Niñas vallesolitanas,
 si os desvela amor quizá
 abrid ya vuestras ventanas,
 porque el diablo pasó ya.

¡Ja, ja, ja!

Ya la gente de golilla
 sobre su rastro en la villa
 puesta está,

y ha de ser diablo muy pillo
 si al buen Alcalde Ronquillo
 se le va.

¡Ja, ja, ja!

RONQ.

Perfectamente: en media hora
 los tengo ya en Fuensaldaña,
 y á Roberto en mi compañía
 aquí al despuntar la aurora.
 Ya no se oyen... con el paso
 que tomaron ciertamente
 ya estarán pasando el puente:
 ¡guárdeles Dios de un fracaso!
 Sí; guardada esa muger,
 tus cartas aseguradas,
 tus espías engañadas,
 ¡oh! aun estás en mi poder.

Dijo bien Benameji ;
que ha de ser diablo muy pillo
quien del Alcalde Ronquillo
escape...

(La misma música de la anterior escena se oye por el mismo sitio que se oyó la otra, y en la misma forma sale á la escena conducida por el espía á su tiempo.)

Mas ¡ ay de mí !
¿sueño, ó vuelven á bajar
mis músicos? Si, ellos son,
es mi seña, es la canción.
Pero ¿ cómo... por qué dar
vuelta á esa calle otra vez?
¡ Atravesar la ciudad
con esa publicidad!
Mas ya estan aqui...

(Sale el espía y los músicos como los otros.)

ESCENA XI.

RONQUILLO. ESPÍA.

RONQ. *(Al espía.)* Par diez,
¿ de esta manera cumplis
las órdenes que os he dado?
¿ Por qué volveis, desdichado?
ESPÍA. Ved, señor, lo que decís;
yo no vuelvo, llego ahora.
RONQ. ¡ Vive Dios! pues ¿ quiénes fueron
los que antes que vos vinieron?
ESPÍA. No os comprendo... oid... la hora
(Dan las doce.)
justa.

RONQ. No; finjes en vano:
¿ me vendes? *(Morirás pues.)*
(Van-Derken, que se ha colocado entre los músicos embozado, sale al paso á Ronquillo, que amaga al espía.)

DERKEN. Ved, señor Ronquillo, que es
enviado del soberano.

RONQ. ¡ Mil rayos! ¿ y quién sois vos?

DERKEN. Lo que el rey le manda á él ser.

RONQ. No entiendo...

DERKEN.

Vais á entender

al momento.

(Se desemboza junto á Ronquillo.)

RONQ.

¡ Santo Dios !

DERKEN.

Veinte y cuatro horas os di :
 mas como os habeis resuelto
 antes , yo tambien he vuelto
 mas pronto que prometi.

RONQ.

¡ Jesus me valga ! Aqui hay algo
 que no comprendo.

DERKEN.

Un error

vuestro , y cuyo gran valor
 á apreciar solo yo valgo.
 Conmigo , el diablo , van ya
 dos veces que os encontráis :
 mas pues vos y el rey usais
 de mi nombre , ley será
 que yo salga por mi honor
 con vuestras culpas cargado ,
 y en vez de ser él burlado
 pase el diablo á burlador.
 ¿ Qué os dije ? os he de perder ,
 ó la tengo de salvar.
 No me la quisisteis dar ,
 y yo os quité la muger.
 Pero... ¿ cómo ?

RONQ.

DERKEN.

Como ahora

esa gente que traeis
 puedo hacer mia.

*(A una seña de Van-Derken los músicos y embozados que
 estan al lado del Alcalde Ronquillo, se pasan al lado
 de Van-Derken.)*

RONQ.

¿ Lo veis ?

DERKEN.

¡ Esto es un sueño !

Vos mismo

de alli la visteis salir
 y la dejásteis partir.

RONQ.

¡ Oh ! confúndate el abismo ;
 mas esa infernal destreza
 con que por ocultos modos
 coges mis secretos todos
 te va á costar la cabeza.

DERKEN. Reflexionad que si aqui
partimos campo los dos,
reñirán hombres por vos,
pero demonios por mí.

RONQ. En vano con tu malicia
amedrentarme querrás :
¡ favor aqui á la justicia !

DERKEN. ¡ Favor aqui á Satanás !

(A la voz del Alcalde acuden varias rondas y gentes de justicia. A la voz de Van-Derken la puerta de la Casa del Diablo se abre de repente, y salen por ella varios embozados, que se ponen de parte de Van-Derken. Los músicos tiran los instrumentos y echan mano á las espadas, quedando en cuerpo todos los de Van-Derken, y vestidos de negro como él. Las ventanas altas de la casa se abren tambien repentinamente, y asoman por ellas varios otros partidarios de Van-Derken, que iluminan la escena con hachones, y dan grandes voces y carcajadas. La justicia y los de Ronquillo huyen amedrentados.)

ESCENA XII.

RONQUILLO. VAN-DERKEN. ESPÍA. JUSTICIA. ENMASCARADOS.

UNO DE RONQ. ¡ Jesucristo !

OTRO ID. ¡ Los demonios
evoca ese hombre ! (Vase.)

OTROS ID. ¡ Qué horror ! (Vanse.)

DERKEN. Ese. (Señalando al espía, á quien los de Van-Derken se llevan por delante.)

ESPÍA. Valme, Virgen Santa.
(Vanse todos, quedando en la escena Ronquillo y Van-Derken.)

DERKEN. Supongo, Alcalde, que vos
no tragáis lo de los diablos.
Mas ved la supersticion
del vulgo : vos le enseñasteis
que esa casa era mansion
de Satanás, y vos mismo
me dais armas contra vos.
Oid pues : veis lo que puedo :
hasta que amanezca os doy
de término, meditado.

- Esos billetes que son
vuestra esperanza, á mis manos
pasarán como pasó
esta noche doña Inés:
mas ved con qué distincion:
si me las dais, yo me encargo
de salvaros; mas de no,
perdereis cartas y vida
antes que despunte el sol.
- RONQ. Pero esplicadme á lo menos...
DERKEN. Os daré la esplicacion
despues que me deis las cartas.
- RONQ. Nunca: me sobra valor
para arrostrar mi fortuna,
y aun fio en mi corazon
y en mi astucia para hacer
que se vuelva contra vos.
- DERKEN. Doña Inés es mia ya.
RONQ. Podré recobrarla yo.
DERKEN. Va viajando, y muy de priesa.
RONQ. Mi poder va mas veloz,
y la alcanzará.
- DERKEN. La guarda
gente muy buena.
- RONQ. Mejor
será la que irá en su alcance.
DERKEN. Nada logrará.
- RONQ. ¡Pues no!
DERKEN. Camina del santo oficio
bajo la alta proteccion,
y con licencia espedida
por el mismo inquisidor
general.
- RONQ. ¡Santos del cielo!
¿Quién pudo hacer tanto?
- DERKEN. Yo,
señor Alcalde: yo solo,
que logré alejar de vos
vuestras gentes para haceros
la postrer proposicion.
¿Me dais las cartas?
- RONQ. Jamas;

si me niega su favor
la suerte, al rey don Felipe
sus siete cartas le doy,
y la octava al santo oficio;
y hará al menos mi furor
lo que con los Filisteos
hizo en el templo Sanson.

DERKEN.

En ese caso podeis
encomendaros á Dios,
porque morireis sin ver
otra vez ni al rey ni al sol.
¿Pensais...?

RONQ.

DERKEN.

Dejaros morir
sin daros ni aun confesor,
y venir luego á llevaros
adonde es mi obligacion. *(Vase.)*

ESCENA XIII.

RONQUILLO.

¿Quién es ese hombre, Dios mio?
confuso, aterrado estoy;
todo el edificio hermoso
de mi futuro esplendor,
mis afanes de diez años
de un soplo desvaneci6.
Pero no para rendirme
á la duda ni al temor
me afané con tal empeño:
y en tanto que el corazon
tenga un instante de vida,
pondré á prueba su vigor,
¡y antes muerto que rendido!
mas llegan... ¡pluguiera á Dios
que fuera la gente mia!
¡oh, no me engañé...!

ESCENA XIV.

RONQUILLO. EL CABO DE LA RONDA *de la escena cuarta.*

CABO.

Señor...

RONQ.

¡ Hablad, hablad con mil rayos!
¿ qué habeis hecho?

CABO.

Lo que vos
mandásteis. Les fui siguiendo
hasta bajo el malecon
del puente.

RONQ.

¿ Y qué?

CABO.

Alli la guarda
franco paso les dejó,
y como los vi salir
me volví.

RONQ.

¡ Condenacion!

¡ todo se ha perdido!

CABO.

¡ Cómo!

RONQ.

¿ No me dijisteis, señor...

Dejadme en paz.

(Se pasea agitado.)

CABO.

Yo...

RONQ.

Silencio

digo. ¿ Tambien me vendió
Roberto? No, es imposible:
sin duda alguna traicion
de ese maldito... ¡ ah! lo entiendo
todo, ahí dentro le esperó,
y en su lugar salió luego
como mi escrita intencion
lo prevenia... ¿ mas él,
Roberto, dónde quedó?
¿ aqui...? tal vez encerrado,
maniatado... eso es: mas ¡ oh!
aun puede salvarse todo
si nos juntamos los dos.

*(Ronquillo toma una de las luces de su ronda, y va á
entrar en casa de Roberto.)*

Roberto... una luz... Roberto,
respóndeme, alza tu voz
de donde quiera que estés;
soy yo, don Rodrigo soy,
seguidme.

(Va á entrar y retrocede espantado.)

Mas ¡ Jesucristo,
él es, él, muerto!

VARIOS.
RONQ.

¡Qué horror!

Corred, seguidle al momento,
por ahí va quien le mató;
no puede estar todavía
lejos; id, y vive Dios
que le traigais muerto ó vivo,
(*Vanse corriendo los de la ronda.*)
ú os hago empalar sino.
La ciudad registraré
pie á pie, rincon á rincon,
hasta topar con el diablo
que al hostelero mató;
y antes que de mis secretos
él se aproveche traidor,
por asesino de ese hombre
le cuelgo en la horca yo.
(*Por la derecha.*)

ESCENA XV.

VAN-DERKEN.

¡Oh, los ojos de tu astucia
tu corage te cegó!
el hombre diestro no huye,
burla á su perseguidor;
y vas mas lejos de mi
cuanto vayas mas veloz.
Corre pues: vé tras el diablo,
que él la mano te ganó,
y va á esperar á que vuelvas
en tu misma habitacion.
(*Entra por la casa de Roberto.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



Acto tercero.



Habitacion del Alcalde Ronquillo. — Despacho rodeado de estantes con libros, entre los que se abre á su tiempo una puertecilla secreta. Puerta á la derecha; balcon á la izquierda: mesa, sillón y demas útiles propios del lugar. Al levantarse el telón la escena permanece un momento sola, y se oye correr un pasador, en tanto que Gil hace ruido con la llave en la puerta de la izquierda, por donde sale. Un velador preparado para cenar el Alcalde.

ESCENA PRIMERA.

GIL.

Dios me valga: creí que andaba alguno dentro de este aposento: juraría que oí pasos y ruido de una llave desde ese otro salón cuando venía.
Aprensiones del miedo:
mas confieso ¡por Dios! que acostumbrarme á semejante vecindad no puedo.
En la calle hace poco que he sentido de voces y de gente extraño ruido, y lo que es esta vez no me he engañado, en esa casa endemoniada ha sido.
Mas ¡Dios mío! ¿qué es esto?
¿Quién trastornó los chismes de esta mesa?

¿ Quién estos vasos apartó del puesto
 en que yo los dejé? ¡ Santa Teresa!
 ese vino se mueve todavía
 dentro de la botella... no, no hay duda,
 alguien ha estado aquí en ausencia mia.
 Yo no dejé el sillón así apartado
 de la mesa. ¡ Par diez que no es ahora
 vana aprensión! y estoy determinado:
 salga por donde quiera,
 me despido esta noche del Alcalde,
 y cuanto riña y gruña será en balde.
 Yo he nacido del vulgo, me he criado
 entre el pueblo: ni sé, ni he aprendido
 más que aquello que al vulgo han enseñado,
 y creo cuanto cree; temo y respeto
 cuanto respeta y teme;
 y no creo, aunque pese á mi fortuna,
 que estoy ni estaré á ser por ley alguna
 más sabio que mis padres obligado.
 A pechar con los duelos y disgustos
 á que estamos espuestos los mortales,
 pase; pero vivir con tantos sustos
 entre duendes y trasgos infernales,
 eso no.

RONQ.

(Dentro.) Gil.

GIL.

Señor. Gracias al cielo.

Jesucristo, qué humor trae esta noche.

Allá voy, allá voy.

(Vase, y vuelve alumbrando á Ronquillo.)

ESCENA II.

RONQUILLO. GIL.

RONQ.

Todo fué en vano:
 cual sombra que en el aire se deshace
 ese hombre se me escapa de la mano.

GIL.

Señor.

RONQ.

En balde espero
 de mis agentes nada.
 ¡ Ira de Dios! la rabia concentrada
 dentro mi corazón me abrasa. Fiero

late; pero impotente,
le encuentro por do quier para atajarme,
y no le hallo jamas para vengarme.

GIL.

Señor.

RONQ.

¡ Eh!

GIL.

Ya teneis la mesa puesta,
y creo que ya es hora
de que...

RONQ.

Bien, está bien: lo que tú quieras.

(Se sienta distraido. Gil sale y vuelve.)

Vendrán, sí que vendrán, mas los menguados
con las manos vacias.

¡ Oh! en esos desdichados
me vengaré de las angustias mias.

GIL.

Ea, aquí está, señor. En horas tales
ya es justo que tomeis algo caliente.

RONQ.

¿ Qué es esto?

GIL.

Vuestro caldo: os lo tenia
como siempre dispuesto.

RONQ.

¡ Caldo! Sangre
es lo que ahora con gusto beberia.

GIL.

¿ Qué es lo que habla!

RONQ.

¿ Qué digo?

GIL.

¡ necio de mí! me vende mi corage.

Tremulo estais, señor, descolorido.

¿ Qué teneis? ¿ os han hecho algun ultraje?

RONQ.

Silencio, Gil.

GIL.

Señor...

RONQ.

¿ Ha parecido
el forastero?

GIL.

No señor.

RONQ.

Al punto
que llegue que entre aqui.

GIL.

Señor, ¿ su vuelta
vais á esperar velando?

RONQ.

Gil, muy suelta
tienes tu lengua.

GIL.

Es que... me da cuidado
la inquietud en que veo á useñoria.

RONQ.

Llena ese vaso.

GIL.

¿ Lleno?

RONQ.

¿ Pues no lo oyes?

Lleno te he dicho ; lleno.

GIL. Como nunca...

RONQ. Alguna vez seria
la primera. (Bebe.)

GIL. ¡ Buen trago !
con eso su infernal melancolía
disipará , y al fin menos adusto
me oirá , que desde hoy mas á su gusto
busque otro page por ausencia mia.
Pecho al agua. — Señor.

RONQ. Basta , importuno.

GIL. Es que tengo , señor...

RONQ. Silencio digo.

GIL. Perdonad.

RONQ. Perdonado.

Esa mesa levanta y vete fuera :
si viene el forastero , aqui al instante
le mandarás entrar. (¡ Oh ! estoy resuelto ;
fuerza es que acabe de cualquier manera
esta duda fatal. Sí , la agonía
es demasiado larga , y arrostrarla
puede ya apenas la paciencia mia.)
Despáchate.

GIL. Ya está.

RONQ. Déjame solo.

GIL. (Pavor me da mirar su faz sombría.) (Vase.)

ESCENA III.

RONQUILLO , y á su tiempo VAN-DERKEN.

RONQ. Un momento á la boca del abismo
quiero asomarme y calcular su hondura
en calma y soledad conmigo mismo.
Recuerdo que en el tiempo borrascoso
de mi agitada juventud solia
ese licor fragante y generoso
dar á mi corazon ruda energia,
y en mis trances mas duros y apurados
inspiró muchas veces repentino
á mi agotada mente
recursos estremados
que cambiaron mi destino.

Y á este recuerdo que produjo acaso
 el grato olor del generoso vino,
 colmado y sin rubor apuré el vaso.
 Y por Dios que hice bien; porque ya siento
 que el juvenil vigor de aquellos días
 nuevo me infunde al corazón aliento
 y nueva luz á las ideas mías.
 Perdido casi me contemplo. Solo
 con mi secreto estoy. Ese Roberto,
 mi único ayudador, cómplice mio
 único, yace muerto,
 y aislado estoy de la traicion y el dolo
 colocado en mitad. Terrible dia
 ha sido hoy para mí: ¡cuán diestramente
 me han burlado, par diez!

.....
 ¡Si adelantara
 su llegada aqui el rey! Si yo lograra
 verme con él antes que nadie á solas,
 todavia el bajel de mi fortuna
 orgulloso vogara
 del mar de la ambicion sobre las olas.
 Todavía pudiera devolverle
 ese traidor verdugo enmascarado
 que me envia el hipócrita taimado,
 y pudiera á mi vez otro ponerle
 de su trono y su lecho al pie sentado.
 (Por la puerta secreta, que entreabre.)
 ¡Héle alli solo ya! ¡Cuán hondamente
 absorbido le traen sus pensamientos!
 No me ve... ni me siente:
 habla... sí... sus acentos
 oigamos.

RONQ. Si: aun pudiera
 desvanecer la tempestad furiosa
 que ruge sobre mí, y asir pudiera
 el hilo de esa intriga misteriosa
 que mina sorda mi existencia entera.
 DERKEN. Me tiene muy presente, y lo concibo,
 su pesadilla soy.
 RONQ. ¡Oh! si en mis manos
 ese demonio á dar viniera vivo,

juro á los cielos... juramentos vanos
de mi rabia no mas... esos imbéciles
no darán con su rastro... y lo confieso
mal de mi grado, si: se me ha ocurrido...
¡Si ese poder en que confía ese hombre
del mismo Satanás le habrá venido!

DERKEN. (¡Torpe supersticion! ¡él propio llega
á temer de lo mismo que imagina
para asombrar la muchedumbre ciega!
¡su propio corazon le descamina!)

RONQ. Jamas mortal alguno
supo burlarme así. Se me presenta
con medios que parecen naturales
mis planes á estorbar... ¡Oh! ¡y me amedrenta
la destreza infernal con que lo alcanza!
me amenaza, me ataja, me subyuga,
do quier se me aparece, y me provoca;
él mismo me abre senda á mi venganza,
él mismo mis intentos favorece;
delinquiendo, en mis manos su delito
le pone; apela á repentina fuga,
le sigo, y aun su sombra veo, siento
sus pisadas... ¡prodigio me parece!
y de mis manos casi en un momento
como leve vapor se desvanece.

Mas pues huye de mí, libre me deja.
Libre, si; y su razon se lo aconseja,
pues si en sus manos mi destino tiene,
yo tambien en las mias su destino:
y si á ponerse ante mi vista viene,
antes que una palabra de su labio
salte le prenderé por asesino.

Sin lograr ver al rey próxima muerte
me auguró... ¡vive Dios! saldré á esperarle,
y nadie, nadie le hablará primero
que yo: dejaré mal al adivino.

Mas á fé que caliente demasiado
mi enardecida sangre ese buen vino:
¡ah! no debí olvidar que se ha enervado
mi juvenil vigor, y que ya empieza
á flaquear con los años la cabeza.

¿Mas qué importa? me siento mas osado.

Par diez, ¡ oh rey Felipe! no has atado todos los hilos bien: aun tengo un dia, y esas cartas fatales de mi muerte fiadas hasta el punto en las manos sagradas de un prelado, de confesion secreta, bajo el sello me pondrán de tu cólera al abrigo, y en vez entonces de segar mi cuello, tu real poder dividirás conmigo.

DERKEN.

¡Ja! ¡ja!

RONQ.

¿Quién está aqui? ¡ Dios soberano!

DERKEN.

Por do quiera que vas, tus pasos sigo.

RONQ.

¡ Él!

DERKEN.

Tu conciencia soy; me huyes en vano; donde quiera que estás, estoy contigo.

RONQ.

¿Por dónde...?

DERKEN.

Por alli.

RONQ.

¿Conoces...?

DERKEN.

Todo.

RONQ.

¡ Cielos!

DERKEN.

Todo. Ya visteis que cumplidas vuestras órdenes fueron:

se falsearon las señas convenidas:

los músicos vinieron:

y los que dentro estaban prevenidos,
con la litera á la señal salieron,
quedando otros cual visteis escondidos,
los que diablos al vulgo parecieron,
en la Casa del Diablo reunidos.

Mas no fué culpa mia si asi huyeron;

vos los teniais de ello convencidos,

y culpa vuestra fué si lo creyeron.

Ya veis, nada hay aqui maravilloso,
todo esto es natural, facil, sencillo;
y mas diestro que vos, mas vigoroso,
os tengo en mi poder, señor Ronquillo.

RONQ.

Todo lo entiendo ya: continuo espia
de mi casa, la casa de Roberto
hoy asaltásteis en su ausencia y mia.

DERKEN.

Pues, y en ella introduje
mis diablos con silencio en vuestra ausencia.

RONQ.

¡ Oh! y Roberto al entrar...

- DERKEN. Cayó al momento
en sus manos.
- RONQ. ¡Par diez! mas la existencia
perdió: luego leal rindió la vida
sin vender sus secretos.
- DERKEN. La partida
con él perdisteis. Se le dió tormento.
- RONQ. ¡Traicion infame!
- DERKEN. Y con la oculta entrada
que estos tres edificios comunica,
con la muger dos años há encerrada
en la casa por vos endemoniada,
con todo dí, y os lo deshice todo;
y es por allí venir el mejor modo
de esplicároslo al fin.
- RONQ. Bien me lo explica:
mas en vano fiais, porque seguro
os tengo yo tambien, mancebo insano,
y por el cielo os juro...
- DERKEN. ¡Eh! no jureis, señor Alcalde, en vano.
Ya sé que vuestra gente á una hora dada
á buscaros vendrá; que á este aposento
debe en silencio entrar: sé que el momento
de semejante cita está cercano:
mas cierto estad que de cualquiera modo,
los dos tendremos tiempo para todo.
Hablemos pues, señor Ronquillo, en calma,
que la vida del hombre está medida,
y yo deseo que salveis el alma,
antes, señor, de concluir la vida.
- RONQ. Hacedis mal de fiaros en la vuestra,
porque no os valdrá ya la astucia diestra
para volver á dar con la salida.
- DERKEN. La que debisteis vos tener guardada
mi salida no fué, sino mi entrada.
- RONQ. Mas dentro ya, os advierto que cordura
es que penseis en si os tendrá labrada
vuestra noble familia sepultura.
- DERKEN. Esa ventaja me llevais tan solo,
pues el rey os ha dado una capilla
donde os labró suntuoso mauseolo
á costa de sus rentas de Castilla:

mas ved que no será gran maravilla
que el que os labró la estatua que corona
vuestro atahud marmóreo, en su conciencia
crea que esteis mejor que en apariencia
dentro del atahud vos en persona.

RONQ. ¡Dios Santo! esas palabras...

DERKEN.

Os esplican,
juez, mi presencia aqui, y en frase breve
os diré lo que en suma significan
y lo que en realidad cumplirse debe.
Que no podriais ver al rey, os dije:
no le vereis; perded toda esperanza.
Hombre, demonio ú angel, soy quien rige
vuestro destino; Dios quien me dirige,
y el honor quien me alienta;
encomendadme pues vuestra venganza,
y yo en vuestro lugar daré á Dios cuenta.

RONQ.

¡Insensato! ¡cederos y en tal hora
el fruto entero, el término inseguro
de mi afanosa vida! ¡y cuando toco
al anhelado fin...! sería un loco.

DERKEN.

Consideradlo bien: porque yo os juro
que el justiciero Dios vuestro destino
puso en mi mano; y su poder divino
me otorgó sobre vos poder seguro,
y mediré á mi antojo vuestro sino.

RONQ.

DERKEN.

¡Villano!
Vuestra débil existencia
apoyada no mas está en mi aliento;
animar ó extinguir puedo su esencia
con un soplo no mas; y en un momento
puedo franquearos con el brazo mismo
la obscura trampa del eterno abismo,
ó el pabellon azul del firmamento.
Creedme, irrecusable testimonio
daros podré de mi infernal prestigio,
y puedo, sin obrar ningun prodigio,
ser para vos un angel ó un demonio.
Dadme pues esas cartas, y abro nuevo
camino á vuestra vida: al rey no abono:
me ultrajó mas que á vos, y soy quien debo
vengar la injuria con mayor encono.

- RONO. Me inspiras compasion , pobre mancebo,
 ¡Piensas alucinarme con patrañas
 estúpidas , y me abres todo entero
 tu necio corazon ! Tú necesitas
 mi secreto , y robármele meditas
 atrevido y astuto ; mas te engañas ,
 á mi solo no mas que sirva espero ,
 y antes que en manos confiarle estrañas
 bajar con él á mi atabud prefiero.
- DERKEN. Pues mandáosle abrir , porque á fé mia
 que estais , señor Ronquillo , en la agonía.
 Sí ; angel , hombre ó demonio , yo he cruzado
 tierras y mares tras de vos : he sido
 vuestra sombra do quier : os he velado
 vuestro angustioso sueño : he sorprendido
 vuestros hondos secretos : he acinado
 mil pruebas contra vos ; y he conseguido
 á fuerza de destreza , oro y afañes ,
 el hilo asir de vuestros viles planes.
 La historia sé de vuestra infame vida ;
 llevo de vuestros crímenes la cuenta :
 toda la sangre que teneis vertida
 gota á gota conté : toda la renta
 que la justicia os dió , por vos vendida ;
 sí , y los ayes , las lágrimas , la afrenta
 de cien familias contra ley juzgadas ,
 y al cadalso inocentes arrastradas ,
 aqui en mi corazon hierven ocultas ,
 recogidas en él como en un vaso ,
 y todas sus fantasmas insepultas
 de su verdugo en pós siguen mi paso.
 Velas : venganza de maldad tan obvia
 pidiendo cada cual te se avecina :
 cuéntalas... la de Derken , al que agobia
 de Inés la afrenta , que tras él camina ;
 las de tus empalados en Segovia ;
 las de tus abrasados en Medina.
- RONQ. ¡Ay!
- DERKEN. Y á ese grito de pavor que arrancas ,
 la de Acuña tambien se alza en Simancas.
- RONQ. ¡Basta...! el miedo , la rabia me sofoca :
 ten la lengua infernal que en torno mio

esa sangrienta muchedumbre evoca.
 DERKEN. No, no: tú has hecho con su sangre un río,
 tras del que ciega tu ambición coloca
 del trono de Castilla el poderío;
 y por manchar el trono de Castilla,
 saltar esperas á la opuesta orilla.
 Pero sueñas. ¡Del rey que á la alta esfera
 donde te ves te alzó desde tu nada,
 imaginaste en tu arrogancia fiera
 dejar la gloria y magestad hollada!
 ¡miserable reptil! ni tan siquiera
 podrás ver otra vez su faz sagrada
 para pedirle compasión de hinojos,
 arrastrándote vil ante sus ojos.
 Yo te gané esa entrada: á tu aposento
 vine á esperarte: me senté á tu mesa;
 y tuve entre mis manos tu alimento:
 ¿y cuentas con tu vida? ¿y la promesa
 que te hice olvidas de agotar tu aliento
 antes del nuevo sol? mira, la espesa

(A la ventana.)

noche disipa; mas en este punto
 la descarnada muerte te está junto.
 RONQ. ¡Mientes! ¡mientes...! ¡te burlas!
 DERKEN. Viejo insano,
 escucha, y cesa en tu dudar prolijo:
 tú hiciste asesinar á un noble anciano
 su hija por deshorrar; mas ¿quién te dijo
 que ese padre infeliz no tiene un hijo,
 y esa doncella misera un hermano?
 RONQ. ¡Su hijo! ¡su hermano!
 DERKEN. Si; comprende ahora
 el móvil de mi astucia vengadora.
 RONQ. ¡Hijo...! ¡hermano...! ¡ay de mí! todas, ó infierno,
 tus iras contra mí desencadenas.
 No miente, no, ese vil... hervir interno
 su veneno voraz siento en mis venas.
 DERKEN. Pues no desprecies mi postrer aviso:
 te juro que á tu vida y á tu muerte
 puedo aun marcar un término preciso.
 Ronquillo, elige pues tu propia suerte.
 Cede.

RONQ. Jamas.
 DERKEN. Pues á tu fin te advierto
 que aguardaré : mio eres ; vivo ó muerto
 no te libras de mi : porque te juro
 que aunque el secreto pongas á cubierto
 de tu sepulcro , por mi mano abierto ,
 ni aun en tu corazon está seguro.

RONQ. Mas qué ruido... ellos son... ahora veremos
 quién te libra de mi.

DERKEN. Llegan. (*Se oculta.*)
 RONQ. Guardada
 está ya la salida... ¡oh! moriremos
 á lo menos los dos... ya está apostada
 mi gente abajo... ¡pero Dios! ¡qué miro!
 ¡guardias del rey...! y siento que la vida
 ya me abandona... suben... ¡ah! yo espiro.
 (*Cae en el sillón con el sopor.*)

ESCENA IV.

RONQUILLO EL ESPÍA.

ESPÍA. Gracias á Dios que le hallo al fin.
 RONQ. ¿Quién llega?
 ESPÍA. El rey á la ciudad.
 RONQ. ¡El rey!
 ESPÍA. El mismo.
 RONQ. Pronto llévame ante él.
 ESPÍA. No, hacedme entrega
 de unos billetes que os fió.
 RONQ. El abismo
 te confunda : ¿tú sabes...
 ESPÍA. Mucho, y cierto ;
 parte me dijo el rey ; parte yo mismo
 en esta misma noche he descubierto.
 El diablo de esta casa sois , Alcalde ,
 vos : en ella á favor de esa conseja
 guardábais no sé qué , mas bien en balde ;
 un diablo mas audaz sin ello os deja.
 RONQ. ¡Tú acaso!
 ESPÍA. No ; escuchad si sois servido.
 Nos han burlado á todos ; os han muerto
 vuestro único leal ; han sorprendido

nuestras señales y horas, y han huido
con el pase que disteis á Roberto.

La misma inquisicion vendida ha sido.
Don Luis Valdés, sobrino y secretario
del arzobispo inquisidor, los sellos
del santo oficio usando temerario
autorizó su voluntad con ellos,
y huyó tambien.

RONQ.

En ese caso, amigo,
por piedad al rey llévame: un momento
no pierdas... ¡muero! ah, llévame te digo,
y si eres pobre cuéntate opulento,
si eres villano alcanzarás nobleza,
si tienes ambicion favor sin cuento.
Ya lo viste, tú mismo de su alteza
me tragiste una carta en que decia
que en la cámara real á su llegada
yo era el primero á quien hallar queria.
¡Oh! llévame ante el rey, y todavia
puede esa gente vil ser atajada.

ESPÍA.

¡No puede, ira de Dios! Europa entera
en su favor está: todo es ya en vano.
Del mismo emperador Maximiliano
sombra les hace la imperial bandera;
y un maldecido embajador que envia
con apariencia por demas guerrera
en su trama infernal les protegía.

RONQ.

Ó cae el mundo sobre mí sin duda...
pero ese embajador...

ESPÍA.

El diablo ayuda
le da, nadie le ha visto todavia.

RONQ.

Pronto vamos al rey.

ESPÍA.

Es imposible:

RONQ.

vuestra tumba va á ser este aposento.
Ya lo sé... ya lo sé... la hora terrible
llega. (*Desesperados esfuerzos.*)

ESPÍA.

Pues no perdamos un momento,
orad á Dios si en él creéis.

RONQ.

Aparta.
Déjame en paz morir.

ESPÍA.

A eso es tan solo
á lo que aqui su magestad me envia.

- RONQ. ¡Cielos!
- ESPÍA. Sabedlo al fin : con fuerza ó dolo ,
mandóme de unas cartas que os dió un día
dar con el paradero ; y descubierto
que fuera : « Vé (me dijo el rey) sus huellas
do quier siguiendo , sin reparo alguno
hazle morir ; y en el panteon que he dado
á su familia , entiérrale con ellas
sin que al cadáver llegue hombre ninguno. »
- RONQ. ¡ Gran Dios !
- ESPÍA. Tal es su ley.
- RONQ. ¡ Desventurado
de mí !
- ESPÍA. Y yo , que á Roberto os he oido
decir que las encierra bajo un sello
un relicario que llevais al cuello ,
mi deber cumpliré , y vuestro destino.
- RONQ. ¡ Miserable traidor ! ya llegas tarde.
- ESPÍA. ¡ Tarde !!
- RONQ. Sí , antes que tú la muerte vino.
- ESPÍA. ¡ Cómo !
- RONQ. ¡ El veneno que en mis venas arde
me liberta de ti , vil asesino !
- ESPÍA. ¡ Dios ! ¡ la muerte vos mismo os habeis dado !
Mas... con las manos que apretais al pecho...
las cartas defendeis... ¡ bah ! todo está hecho.
- (Va á quitarle el relicario. Ronquillo se defiende.)
- RONQ. ¡ Ah... ¡ qué intenta... favor ! (Cae sin fuerzas.)

ESCENA V.

RONQUILLO. EL ESPÍA. VAN-DERKEN.

- DERKEN. Tente , malvado.
- ESPÍA. ¡ Rayo de Dios ! este hombre aquí.
- DERKEN. Presente
- ESPÍA. do quier que estás estoy. Ahora lo entiendo :
- DERKEN. ¡ por sus cartas venis !
- ESPÍA. Precisamente.
- DERKEN. Por el rey dé Castilla las defiende.

DERKEN. Atrás.

ESPIA. Favor al rey. *(Entran esbirros.)*

Hé aquí mi gente.

Os cogi, ¡vive Dios! señor tremendo.

(A los esbirros.)

Meted en la litera ese cadáver

(Cubre á Ronquillo con su capa, y los esbirros le rodean dispuestos á llevarsele.)

con esa capa como está cubierto,

y nadie ose mirarle solamente :

la justicia del rey va en ese muerto :

(A otros, por Van-Derken.)

vosotros maniatad á ese asesino.

DERKEN. ¡Ay del que llegue á mi!

ESPIA.

¿Quién de nosotros

cejará á defender las armas reales?

(Muestra las armas de Castilla bajo el jubon.)

Obedeced.

(Los esbirros van á acometer á Van-Derken: este, abriendo á su vez su jubon, muestra en el pecho las armas del Austria bordadas de oro.)

DERKEN.

Atrás. ¿Quién de vosotros

se atreverá á las armas imperiales?

ESPIA.

¡Las armas de Austria!

DERKEN.

Sí: si no te ciega

su esplendor miralas.

ESPIA.

¡Otro misterio!

DERKEN.

Señor diablo del rey, su ley no llega

do se hace oír la del austriaco imperio.

ESPIA.

Señor diablo imperial, cumpli la mia

hasta donde llegó, y esta jornada

ya es del diablo del rey.

DERKEN.

No todavía.

ESPIA.

¡Oh! van con él sus cartas: gente armada

le guardará conmigo hasta que el dia

muera, y entonces de una vez cerrada

y sellada su tumba, en su sagrado

de entrambos quedará muy bien guardada.

Mas me esperan: á mas ver,

amigo diablo imperial.

DERKEN.

Un momento, diablo real:

solo va vuestro poder

de su tumba hasta el umbral.
ESPÍA. La muerte á todos da ley.
DERKEN. Mas no siendo de igual grey,
 la tumba dirá á los dos:
 «Hasta aquí el diablo del rey;
 desde aquí el diablo de Dios.»

FIN DEL ACTO TERCERO.

ESCELA PRIMERA.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.

EL REY. EL DUQUE DE BURGUNDA. EL DUQUE DE BRABANDE.



Acto cuarto.



Plaza en Valladolid: á la derecha una boca-calle. A la izquierda el palacio de Felipe II, con una reja practicable, pero tan baja que cuando quede abierta no haya mas que un escalon que bajar. El convento de San Francisco en el fondo. Entre este y el palacio, y formada por ambos edificios, una calle que se pierde en el fondo. — Noche.

ESCENA PRIMERA.

VAN-DERKEN. *Luego* EL DOCTOR ROBLES.

- DERKEN. Aunque mucho se detiene,
fio en Robles, que es leal:
me debe cuanto es y tiene,
y no ha de dejarme mal.
Mas pasos oigo; allí viene.
DOCTOR. ¿El diablo?
DERKEN. De Austria.
DOCTOR. Señor,
dispensadme si tardé.
DERKEN. Há un momento que llegué:
mas ¿qué tenemos, doctor?
DOCTOR. Todo lo que os indiqué.
DERKEN. ¿Consiente el lego?
DOCTOR. Ganado
en parte, en parte engañado,

se presta fácil á todo.

DERKEN.

¿Le hablasteis?

DOCTOR.

Lo que he juzgado preciso no mas.

DERKEN.

De modo que el secreto...

DOCTOR.

No saldrá de nosotros dos si importa.

DERKEN.

Si puede ser, mas valdrá, doctor.

DOCTOR.

Pues vóime hácia allá, que el tiempo da tregua corta.

Mas para ir á cosa cierta yo iré delante : escuchad.

Tengo llave de una puerta escusada de la huerta

de ese convento. Esperad pues á que yo con sigilo

entre, le avise, y os abra, y no quebrems el hilo,

que es delgado.

DERKEN.

Os doy palabra de permanecer tranquilo

hasta que vos me llameis.

DOCTOR.

Cuando oigais los cuartos dar para las doce echareis

por esa calle, dareis vuelta al convento, y á dar

ireis á una puertezuela del huerto : estará entornada,

y yo dentro en centinela ; colaos sin decir nada,

y en tanto andad con cautela.

DERKEN.

¡D descuidado, doctor : en esas calles de ahí junto

me ocultaré.

DOCTOR.

Es lo mejor, y á los tres cuartos...

DERKEN.

En punto.

Id. Hasta luego, señor. (Vase.)

DOCTOR.

DERKEN.

Todo va perfectamente,

con que manos á la obra ;
 mas me oculto por si gente
 pasa , que al hombre prudente
 jamas precaucion le sobra.
 (*Ocultase por la izquierda.*)

ESCENA II.

EL ESPÍA. EMBOZADO 1.º

- EMBOZ. 1.º Aquí en lo obscuro aguardad.
 Se han quitado de palacio
 las guardas un breve espacio
 para mas seguridad.
- ESPÍA.
 EMBOZ. 1.º Bien.
 ¿ La reja conoceis
 que se abrió para sacar
 al rey , niño , á bautizar ?
- ESPÍA.
 EMBOZ. 1.º Sí.
 Pues por ella vereis
 á quien os llama salir ;
 mas cuenta que con respeto
 grande le hableis , que es sugeto
 que nos lo puede exigir. (*Vase.*)

ESCENA III.

ESPÍA.

- ¡ Par diez ! ya me lo supongo ,
 y asi por mi propio bien
 lo haré. En acecho me pongo
 hasta que los cuartos den.
 (*Se pasea por delante de la portada de la iglesia.*)
 ¡ Diablo ! empieza á lloviznar ,
 y anda por esta plazuela
 un airecillo que pela.
 En fin , no puede durar
 mucho tiempo mi planton ,
 que mas de la media es.
 (*Dan los tres cuartos.*)
 Hola , el reló : una , dos , tres...

cabal; los tres cuartos son para las doce... mas siento pasos. Por aquella esquina dobla alguno y se avecina...
Cierto; recojo el aliento, par diez, y me pego al muro.

(Van-Derken cruza la escena embozado hasta los ojos, y como quien pasa con miedo muy aprisa y talareando la cancion del acto 2.º)

Pasa, y segun lo confiesa con el canto y con la priesa lleva miedo de seguro.

Vaya, algun estudiantillo que vendrá del galanteo.

Y cantaba á lo que creo la cancion contra Ronquillo.

Parece que el tal conoce que ya no le ha de encontrar.

Mas sale.

(La reja del palacio se abre, y por ella salen el embozado de la escena anterior con linterna, y otro embozado, que llegando cerca del espia dice en voz alta:)

EMBOZ. 2.º Acaban de dar los cuartos para las doce.

ESPIA. Los oi, señor.

EMBOZ. 1.º *(Al espia.)* Llegaos.

EMBOZ. 2.º Dadme esa luz: descubrios.

ESPIA. Yo soy, señor.

EMBOZ. 2.º Bien: cubrios.

Tapad la luz y apartaos. *(Al 1.º, que lo hace.)*
¿Qué has hecho?

ESPIA. Todo, señor.

EMBOZ. 2.º ¿Y el juez?

ESPIA. Enterrado.

EMBOZ. 2.º Bueno.

¿Tú mismo le...

ESPIA. No.

EMBOZ. 2.º ¡Traidor!

ESPIA. Él fue.

EMBOZ. 2.º ¿Cómo?

ESPIA. Con veneno.

EMBOZ. 2.º ¿Mas tú le viste?

ESPIA.

Espirar.

EMBOZ. 2.º

¿Y las cartas?

ESPIA.

Sobre sí

las tiene.

EMBOZ. 2.º

¡Cómo!

ESPIA.

De allí

no se las pude quitar.

EMBOZ. 2.º

¿Quién te lo pudo impedir?

ESPIA.

El Austria.

EMBOZ. 2.º

¡Dios!

ESPIA.

Mas señor,

no temais ; su embajador
nada pudo conseguir.

EMBOZ. 2.º

¿Ese enviado, á quien no he visto
todavía, ha sido acaso...?

ESPIA.

Él; y á no atajarle el paso...

EMBOZ. 2.º

¡ Ampárenos Jesucristo !

(Todo se debe temer
del Austria en esta ocasion,
y la misma inquisicion
nos diera menos que hacer.)Mas ¿ cómo no has recogido
despues las cartas ?

ESPIA.

Señor,

de su féretro en redor
hoy todo el pueblo ha acudido,
y como habiais mandado
que con tal solemnidad
se enterrara, fue en verdad
imposible ; mas tocado
no ha nadie su cuerpo, y yo
fío, señor, con mi cuello
que el relicario, aun con sello,
sobre su pecho quedó.

Juan Robles, doctor muy grave...

EMBOZ. 2.º

Le conozco.

ESPIA.

Ha dado fé

de su muerte, y yo cerré
la tumba : aqui está la llave. (*Se la da.*)

EMBOZ. 2.º

¿ Acudió la inquisicion ?

ESPIA.

Si señor ; y escrupulosa
selló y barreó la losa ;

con que á mi ver es cuestion
concluida.

EMBOZ. 2.º No por cierto ,
aun falta mas.

ESPÍA. Por San Pablo :
¿ qué falta , señor ?

EMBOZ. 2.º Que el diablo
se lleve esta noche al muerto.

ESPÍA. (Esta es otra.)

EMBOZ. 2.º Me aseguran
que eres hombre tan valiente
que nada hay que te amedrente.

ESPÍA. Señor , si es que no me apuran
enemigos imposibles
de resistir...

EMBOZ. 2.º Los que vas
á atacar , si el golpe das
bien , serán poco temibles.

ESPÍA. Ley es vuestra voluntad ,
señor : y yo mi deber
haré , muerto hasta caer.

EMBOZ. 2.º Cuestion es de habilidad ,
no de fuerza : mas valor
requiere y serenidad.

ESPÍA. En ese caso , mandad.

EMBOZ. 2.º Pues escucha.

ESPÍA. Hablad , señor.

EMBOZ. 2.º Seguirás representando
tu papel de Satanás ;
y á media noche estarás
en ese porton llamando
con aldabadas bien recias.
La espalda tendrás segura ;
tú llama con mas premura
hasta que abran : y pues precias
de valiente y de sereno ,
cuando pregunten ¿ quién es ?
responde con voz de trueno :
Satanás.

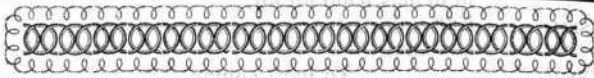
ESPÍA. No abrirán.

EMBOZ. 2.º Pues
vuelve otra vez á llamar ,


y pide de Dios en nombre
con el superior hablar.
Es baron santo, y no es hombre
á quien el diablo amedrente :
invoca en alto la ley
de Dios, y secretamente
dale este papel del rey.
Al comprender el misterio,
sus monjes retirará,
y á rezar les mandará
al fondo del monasterio.
Si él no se va, le harás ver
que el rey ordena que solo
te deje en el mauseolo
del Alcalde, y lo ha de hacer.
Entonces tú, de Ronquillo
llegando á la sepultura,
con mano diestra y segura
darás la vuelta al tornillo
que hace de punto final
de su epitafio : al instante
la cubierta sepulcral
saltará : que no te espante.
Quita entonces al difunto
el relicario que puesto
mantiene al cuello, y tras esto
con el cadáver al punto
en el algibe darás.
Yo mandaré que lo cieguen
mañana ; y antes que lleguen,
el sepulcro volverás
á cerrar del modo mismo
que le abriste, pues para esto
en su fábrica dispuesto
tiene oculto mecanismo.
La losa se alza y se baja
sin ruido : vé sin afan,
que ni linceos hallarán
la señal por donde encaja.
En seguida á aquella reja
vé á llamar : yo saldré allí
por el relicario, y deja

- lo demas fiado en mí.
- ESPIA. Entiendo: pero ¿y si acaso mañana...?
- EMBOZ. 2.º Yo haré contar como mas convenga el caso, y obligaré de ello á dar á los monjes testimonio. Con lo cual ¿qué podrá ser? ¿que venga el vulgo á creer que se le llevó el demonio? ¡Bah! ¿Qué le dará al Alcalde de que lo crean ó no? Si el Señor le perdonó, cuanto digan será en balde.
- ESPIA. Señor, perdone su alteza: pero ¿si yo me negara á servirlos...?
- EMBOZ. 2.º Lo arreglara todo al fin...
- ESPIA. ¿Quién?
- EMBOZ. 2.º Tu cabeza.
- ESPIA. A las doce y cuarto en punto salid por el relicario.
- EMBOZ. 2.º Recibirás tu salario, y se concluyó el asunto.
- (*Va hácia el palacio, y antes de entrar se pára un momento.*)
- (Diestro y bravo... ¡por supuesto! mas tengo yo para mí que estos bravos mueren presto.)
- (*El espía saluda al embozado respetuosamente, y al retirarse por el lado opuesto se pára tambien un momento.*)
- ESPIA. Si sé yo que pára en esto, ¿cuándo me pescan aquí?

FIN DEL ACTO CUARTO.



Acto quinto.



Vestíbulo de la capilla concedida á Ronquillo para panteon. En el fondo una puerta que se supone dar á la capilla, que es una de las laterales de la iglesia. A la derecha puerta que da á un claustro, al fin del cual está la puerta principal exterior del monasterio. A la izquierda puerta que da á los claustros interiores del convento. En el centro el sepulcro de Ronquillo (cuya esfigie de marmol descansa en su parte superior), y preparado para el juego necesario en este acto, y su altura lo mas de tres pies. En la cara inferior frente al público escrita en bronce la palabra Ronquillo.

ESCENA PRIMERA.

EL DOCTOR ROBLES. VAN-DERKEN. EL HERMANO JUAN, *con luz por la izquierda.*

- HERMANO. Ya estamos, doctor, al cabo de la expedicion. Entrad.
- DOCTOR. Vuestra eficacia en verdad os agradezco y alabo.
- HERMANO. No hay mucho que agradecer ni que alabar: la salud os debo, no es pues virtud serviros, sino deber. Solo siento que no sea cosa de interes mayor mi servicio; mas, doctor,

basta que vuesaorcé vea
 en ello mi voluntad.

DOCTOR. Hermano Juan, os repito
 que os agradezco infinito
 vuestro servicio.

HERMANO. Mandad.

DOCTOR. Gracias, y lo mismo os digo:
 si os hace en árdua ocasion
 mi bolsa ó mi profesion,
 hermano, contad conmigo.
 Pero tiempo no perdamos,
 fray Juan, que no se recobra.

HERMANO. Manos, doctor, á la obra,
 que en la ocasion nos hallamos.
 Ahí tenéis la sepultura
 del Alcalde. ¡Bráva pieza!
 segun los qué la belleza
 conocen de la escultura.

DOCTOR. Si á fé.

HERMANO. Cuando el escultor
 de orden del rey la labraba,
 á nadie entrar se dejaba
 á presenciár su labor.
 Aquí se encerraba él solo;
 y él solo aquí se las hubo
 hasta que acabado estuvo
 el busto y el mauseolo.
 Y se hizo con tal misterio,
 que hasta que él nos la mostró,
 ver tal obra no logró
 ni el abad del monasterio.
 Pero el rey vino durante
 su trabajo, y se encerró
 con él aquí: él fue quien dió
 al Alcalde semejante
 lugar para enterramiento,
 para lo cual á mi ver
 mucho le debió querer
 su alteza.

DOCTOR. Yo así lo siento;
 pero pasa el tiempo, hermano;
 y os recuerdo la promesa

- que me hicisteis...
 HERMANO. ¡Buena es esa!
 ¿le voy yo en algo á la mano?
 Bien puede orar y llorar
 sin empacho, que á fé mia
 que yo tambien lloraria
 si me viera en su lugar.
 DOCTOR. Sin duda; pero os aviso
 que me rogó formalmente
 que nadie habria presente
 mas que yo, y en compromiso
 le poneis, si el hondo esceso
 le haceis mostrar de su pena.
 HERMANO. ¿Tanto el pesar le enagena?
 DOCTOR. Le enloquece.
 HERMANO. Vean eso.
 Y decian que era tal
 el Alcalde don Rodrigo,
 que ni pariente ni amigo...
 DOCTOR. Pues ya veis que dicen mal.
 HERMANO. ¡Lo que es el mundo, doctor!
 Y nos le habian pintado
 como el hombre mas malvado
 del orbe. ¡Pobre señor!
 Siempre se meten los mas
 en camisa de once varas.
 ¿Eh, doctor?
 DOCTOR. Pues.
 DERKEN. (¡ Si te ahogaras,
 hablador de Barrabás!)
 DOCTOR. ¿ Con que en fin...?
 HERMANO. Teneis razon:
 mas dispensad: los que estamos
 en el claustro, no acabamos
 en pescando una ocasion
 para echar un parrafillo:
 mas ya os dejo; y á fé mia
 no es la mejor compañía
 el cadáver de Ronquillo.
 Ea, en el claustro os espero,
 con que tranquilos estad.
 DOCTOR. Ah, me olvidaba: escuchad

- aun, hermano portero.
 HERMANO. Decid.
 DOCTOR. Si oyeráis acaso
 voces, ó rumor cualquiera
 que os estrañara ó pudiera
 daros pavor, no hagáis caso.
 HERMANO. ¿Pues qué, doctor...!
 DOCTOR. No os estrañe,
 Juan hermano, esta advertencia,
 que es deber de mi conciencia
 que os prevenga y no os engañe.
 Ya os he dicho que era tal
 de ese buen jóven la pena,
 que á las veces le enagena
 tal desorden cerebral
 que en aquel delirio insano
 se pone fuera de sí.
 HERMANO. Si necesitáis de mí,
 llamadme.
 DOCTOR. Gracias, hermano.
 Como yo en cura le he puesto,
 yo solo le sé tratar,
 y basto para calmar
 sus accesos.
 HERMANO. Por supuesto.
 ¿Quién lo hará mejor que vos,
 que sois de la facultad?
 DOCTOR. Idos pues.
 HERMANO. A Dios quedad. (*Vase, izquierda.*)
 (*Vase el lego. Robles cierra y mira un momento por la
 cerradura. Van-Derken espera embozado é inmóvil has-
 ta que Robles se aparta de la puerta.*)
 DERKEN. ¿Se fue?
 DOCTOR. Si.
 DERKEN. ¡Gracias á Dios!
- ESCENA II.**
- VAN-DERKEN. EL DOCTOR ROBLES.
- DERKEN. ¡Plática tenía ya hecha
 con vos hasta el alba.

DOCTOR.

Si
 á fé ; pero le sufrí
 porque no entrara en sospecha.
 Por pariente del Alcalde
 os tiene.

DERKEN.

No es mala idea.
 Mas despachemos , no sea
 que se vaya el tiempo en balde.

DOCTOR.

Pues el resorte buscad.

(Van-Derken se acerca al sepulcro , y se detiene.)

Vaya , ¿ en qué os parais ?

DERKEN.

No sé...
 pero...

DOCTOR.

¿ Dudais ?

DERKEN.

Si.

DOCTOR.

¿ Por qué ?

DERKEN.

Si alguna fatalidad
 hizo...

DOCTOR.

Fiad en mi honor.

DERKEN.

Es que por Dios que sintiera
 que su muerte recayera
 sobre nosotros , doctor.

DOCTOR.

Si no teneis otra cosa
 que os haga inquieto vivir ,
 tranquilo podeis dormir.

Ea , el resorte á la losa
 apretad por el tornillo
 que sirve de punto al nombre ;
 y mirad sin que os asombre
 resucitar á Ronquillo.

(Van-Derken aprieta el tornillo en cuestion , y levantándose todo el cuerpo superior del sepulcro aparece el Alcalde tendido sobre su base. El doctor se acerca á él , le quita el relicario , que tendrá al cuello , y se le da á Van-Derken. Este rompe inmediatamente el sello , abre , saca , y cuenta las cartas en el relicario encerradas , y entre tanto Robles vierte en la boca del Alcalde un licor que lleva en un frasquillo. Luego se apartan del sepulcro.)

Tomad. *(Bando á Van-Derken el relicario.)*

DERKEN.

Intacto y sellado
 está aun. Dos... tres... si alguna

falta... seis... ocho... ninguna.
 ¿Qué tenemos? (A Robles.)
 DOCTOR. No hay cuidado.
 DERKEN. ¿Vuelve á la vida?
 DOCTOR. ¡Pues no!
 DERKEN. ¡Ah, y yo tambien!
 DOCTOR. Tened fé;
 que cuando á ello me arriesgué
 bien seguro estaba yo;
 mas que no os vea: aguardad
 que el sopor eche de sí.
 DERKEN. Gracias, doctor. (Dándole la mano.)
 DOCTOR. Yo cumpli.
 DERKEN. Teneis razon, despejad,
 que yo empiezo desde aqui.

(El doctor Robles entra en la capilla del fondo. Van-Derken queda en el fondo de la escena. Ronquillo vuelve en sí. Sus primeras palabras las dirá tendido aun, y en el momento de incorporarse, reconociendo instantáneamente el lugar, se arroja espantado del sepulcro, desvaneciéndose con la destreza de la ejecucion la mala impresion que puede causar situacion semejante. El efecto depende del actor. Desde que Ronquillo se pone en pie, Van-Derken se va acercando al sepulcro guarecido de su levantada cubierta, quedando pronto á presentarse á Ronquillo.)

ESCENA III.

VAN-DERKEN. RONQUILLO.

RONQ. ¿Dónde estoy? ¡Ay de mi! Larga y penosa
 mi pesadilla fue. Mas ¡Dios, qué veo!
 (Se arroja del sepulcro.)
 No, no es ensueño que tenaz me acosa...
 ¡esto es ¡qué horror! mi propio mausoleo!
 ¿Mas vivo á este lugar, quien me ha traído?
 ¡Oh! ¡vago miedo el corazón me asalta!
 si de mi pecho el relicario falta...
 (Lo busca sobre sí, y halla el cordón roto.)
 ¡Ah! cortado el cordón... estoy vendido.

- DERKEN. Con tiempo os lo advertí.
 RONQ. ¡Dios soberano!
 ¿Siempre vos?
 DERKEN. Siempre yo.
 RONQ. ¿No hay pues manera
 de librarme de vos?
 DERKEN. Me huis en vano.
 Roja fantasma del vapor formada
 de la sangre de Derken derramada,
 y del honor del hijo y del hermano,
 con voluntad inexorable y fiera
 camino tras de vos, y por do quiera
 tras vos estiendo la sangrienta mano.
 RONQ. ¡Ah, mi mente se pierde en el abismo
 de una angustiosa incertidumbre oscura!
 Siempre en mi mal con voluntad de hierro,
 ¿no es dique para vos la sepultura,
 que aun mas allá de mi sepulcro mismo
 llega vuestro poder... ó mi locura?
 DERKEN. Ya lo veis.
 RONQ. No hay dudar.
 DERKEN. Seria yerro.
 Mi poder contra vos es infinito.
 De vuestra misma tumba en el encierro
 de mi venganza os estremece el grito;
 y á esta voz con que os alzo ú os aterro
 pareceis como á punto os necesito:
 cuando os quiero cadáver, os entierro,
 cuando inútil me sois, os resucito.
 Ved. (*Mostrándole el relicario y las cartas.*)
 RONQ. ¡Me ahoga el furor!
 DERKEN. No os impaciente
 verlas en mi poder, y vil recelo
 no os atribule ya; sabio y prudente
 sed, y los fallos acatad del cielo.
 ¿No me entendeis? ¡Ya yo me lo temia!
 Pero voy á esplicarme, porque quiero
 que sepais, señor juez, desde este dia
 lo que hay de la vileza á la hidalguia,
 y de un vil asesino á un caballero.
 Ese piadoso rey de santa fama
 que de la iglesia defensor se llama,

y á los hereges quema, fue el amante
 de una infeliz doncella protestante,
 y holló la fé por conseguir la dama.
 Estas cartas escritas por su mano
 en estilo amoroso, audaz, liviano,
 cuando principe y mozo, vengarian
 mi afrenta y vuestra injuria; mas podrian
 el nombre mancillar del soberano.
 Porque tales estan, que á lo que infiero,
 á las razas del mundo venidero
 legadas en el libro de la historia
 echáran un borron sobre la gloria
 de un católico rey, justo y severo.
 De semejante testimonio el peso
 bien comprendisteis vos: de ellas por eso
 un escudo os forjásteis... ¡vil gusano
 que de torpe ambicion en el esceso
 quereis del que os crió morder la mano,
 antes que el labio levanteis á ella
 el polvo os ahogará de su real huella!
 Yo comprendí cual vos tal pensamiento,
 y en vos temiendo el temerario intento
 tras vos y ellas corré; y tenaz, taimado,
 lo veis, por obtenerlas no he parado,
 hasta el fondo del mismo monumento.
 Mas de vos con distintas intenciones;
 porque sagradas del honor las leyes
 enseñan á los nobles corazones
 que mancillar la honra de sus reyes
 es manchar el honor de las naciones.
 Y hé aqui de mi conducta el noble arcano.
 Del rey y de vos victima, en mi mano
 tengo el vengarme de ambos justiciero;
 mas ved del noble lo que va al villano,
 y del vil asesino al caballero.
 Si ambos en el honor me habeis herido,
 si ambos á dos mi sangre habeis vertido,
 caballero y cristiano yo os perdono;
 caballero y cristiano yo he cumplido
 guardando ileso el esplendor del trono.
 Mirad pues el honor á lo que alcanza:

(Toma la luz, y colocándola sobre el sepulcro abierto de

Ronquillo quema las cartas, dejando allí las cenizas.)

estas letras, que son nuestra esperanza,
en esa llama sin dudar consumo.

Dios maldijo la ira y la venganza;
las nuestras, señor juez, solo son humo.

RONQ.

¡Ah!

DERKEN.

Si mi accion magnánima os humilla,
no olvideis la leccion. Noble ó pechero,
el que nace vasallo de Castilla
cuando alcanza á su pueblo su mancilla,
de su honra le hace sacrificio entero.

RONQ.

¡Miserable de mí!

DERKEN.

No todavia
por tan misero os deis. Que ser podia
para vos, dije, ó angel ó demonio:
prefiero ser vuestro angel, y á fé mia
que de ello os voy á dar buen testimonio.
Tuvisteis gran poder, lo habeis perdido;
teniais esperanza, os la he quitado;
osásteis hasta el rey, le he defendido;
mi honor ensangrentásteis, le he vengado.
Fuisteis, no sois; en el sepulcro hundido,
del libro de la vida os he borrado;
mas no he sabido meditar en calma
por recobrar mi honor perder vuestra alma.
Dos iras provocó vuestro delito:
la mia acaba, la del rey empieza:
vuestro nombre de hoy mas está proscripto;
decirle es entregar vuestra cabeza.
Os temian, temeis: era infinito
vuestro tesoro, os hundo en la pobreza:
solo y sin medios de ofender os dejo.
Mas oid de vuestro angel un consejo.
Olvidaos de vos. Sumid prudente
vuestro ser en el caos del misterio.
De la tumba salid, nuevo viviente,
y marchad á ser otro en otro imperio.
Fuisteis impio y vil, sed penitente;
el palacio trocad en monasterio;
y comprad pues os dan tiempo y aviso
con la prez mundanal el paraíso.

RONQ.

¡Basta...! no así á mis ojos lentamente

desenvolvais el porvenir horrendo.
 ¿ Yo , como impio fui , ser penitente ?
 ¡ vuestra venganza colosal comprendo !
 Será mi corazon eternamente
 rebelde á la virtud forzada siendo ;
 é impotente , infeliz , pobre , proscripto ,
 será en mí la virtud otro delito .

DERKEN. Como queráis : mas ved de qué manera
 vuestro sepulcro al rey labrar le plugo ,
 y no os ciegue esperanza lisonjera :
 si resistís de mi venganza al yugo ,
 la inquisicion os dispondrá una hoguera ,
 y el rey Felipe os nombrará un verdugo .
 Yo no paso de aquí con mi venganza ;
 mas temblad la del rey si aquí os alcanza .

RONQ. Comprendo , si , mi inmensa desventura :
 mañana el rey y el pueblo castellano
 vacía encontrarán mi sepultura ;
 y el castigo creyendo sobrehumano ,
 mi nombre execrará la edad futura ,
 con mi fantasma soñará el villano ,
 y de mi fin la tenebrosa historia
 guardará con horror en la memoria .
 Pero sea . Del féretro nacido ,
 vagabunda vision sin compañero ,
 para toda region desconocido ,
 para todas las razas extranjero ,
 por la vida y la muerte repelido ,
 objeto de pavor al mundo entero ,
 el sitio de mi lúgubre memoria
 con un negro borron marque la historia .

DERKEN. Que el cielo tal dolor os retribuya
 y á mi venganza de él cuenta no pida .
 Sangre pedía por la sangre suya
 mi asesinado padre , y vais con vida .

(Abre la puerta del fondo, por donde sale el doctor Robles.)

ROBLES. Robles , para salir me sustituya ;
 al alba disponed nuestra partida
 y acogeos del Austria la bandera .

ROBLES. ¿ Vos... ?

DERKEN. De mi no os cureis : el monje espera .
(Toma la capa de Ronquillo, que habrá dejado este sobre

el sepulcro al echarse fuera de él, se la echa apresuradamente sobre los hombros, y embozándose Ronquillo y guiando Robles, vanse por la izquierda.)

ESCENA IV.

VAN-DERKEN.

(Quita la lámpara en que quemó las cartas, y dejando dentro la ceniza de ellas, cierra el sepulcro diciendo:)

Cuanto puede acusarles aniquilo:
yazga enterrado en su lugar mi encono
y su tumba del rey guarde el sigilo.
Noble respeta mi venganza el trono,
y bien puedes ¡oh rey! dormir tranquilo.

(Dan las doce.)

Cumplida mi mision, llegó la hora
de abandonar la España, y al olvido
dar el tiempo que fue. A buscar ahora
una salida voy.

(Suenan dos recias aldabonadas en la puerta exterior del convento.)

Pero ¿qué ruido
el eco de estas bóvedas despierta
en su sombría cavidad dormido?

(Llaman otra vez.)

¡Otra vez...! ese claustro da á la puerta
exterior del convento, y es por ella
por donde llaman... el llavero acude
por el claustro interior; siento su huella...
¡Oh! este sagrado en tal azar me escende.

(Se oculta en la capilla del fondo, y sale inmediatamente el hermano Juan por la izquierda.)

ESCENA V.

EL HERMANO JUAN. VAN-DERKEN.

HERMANO. Fuera apenas del postigo

podieron poner los pies.

¿Quién vendrá ahora? (*Llaman otra vez.*)

¡Pues digo

que no traen priesa!

(*Entreabriendo la puerta de la derecha con muy mal humor.*)

¿Quién es?

ESPIA. Satanás. (*Dentro.*)

HERMANO. ¡Dios sea conmigo!

DERKEN. (*Entreabriendo su puerta.*)

(¡Qué oi, cielos! ¡Satanás!)

HERMANO. ¡Ay de mí! ¡si de esos dos
vendrá el demonio detras!

DERKEN. (¡Todo lo entiendo quizás!)

ESPIA. Abrid en nombre de Dios. (*Dentro.*)

HERMANO. No seré yo el temerario :

¿abrir? Lo que voy á hacer
es apretar á correr
y echar todo el campanario
á vuelo.

DERKEN. (¡No has de poder

tal, vive Dios!)

(*El lego va á volverse atrás y se encuentra con Van-Derken, que saliendo de la capilla del fondo le impide el paso por la puerta de la izquierda.*)

¿Dónde vas?

HERMANO. ¡Jesus!

DERKEN. ¿De portero estás

para eso? Abre, te digo.

HERMANO. ¡Perdon!

DERKEN. Abre á Satanás.

HERMANO. ¡Para que cargue conmigo!

DERKEN. Siempre ha de ser para ti

lo mismo : abre, ó vive Dios
que te haga llegar yo allí
pronto.

HERMANO. ¡Qué va á ser de mí,

cielo santo, entre los dos!

DERKEN. ¡Ea, aprisa!

HERMANO. Voy allá.

(¡Muerto voy!)

DERKEN. El juego está

visto... ya abre... Un embozado

se entra... ¡ Oh! él, por de contado ;
 ; mas á dónde el lego va ?
 ¡ Jesucristo ! de la cuerda
 se cuelga del esquilon ; (*Se oye tocar.*)
 el convento en conmocion
 va á poner... mas no se pierda
 por mi precipitacion
 todo.

(*Se vuelve á ocultar en la capilla del fondo.*)

ESCENA VI.

VAN-DERKEN, *oculto*. EL ESPÍA.

ESPÍA.

Ese imbécil va á echar
 todo el claustro sobre mi,
 pero tarde han de llegar,
 (*Cierra la puerta de la izquierda.*)
 y ya habré acabado aqui
 yo, cuando logren entrar.

¡ No hay tiempo pues que perder ;

lo que me importa es coger
 cuanto antes el relicario,
 pues ó del rey va á poder,
 ó me ahorca de lo contrario.

Cuanto vacile es en balde ;
 por Dios que no me hace gracia
 remover la mómia lacia
 del emponzoñado Alcalde.

Pero ; qué remedio ? embisto ;
 del mecanismo el secreto
 en este tornillo está,
 segun me dijo ; le aprieto,
 y adelante.

(*Ábrese la sepultura. El espía, que ha estado atento á usar el resorte, levanta la cabeza para mirar al cadáver, y retrocede espantado encontrándola vacía. Van-Derken, que mientras él ha estado ocupado en esto ha venido á colocarse al lado opuesto del sepulcro, suelta una carcajada.*)

ESPÍA.

¡ Jesucristo !

¿Y el cadáver?

DERKEN. ¡Ja! ¡ja! ¡ja!

ESPIA. ¡Santos del cielo! ¿aquí vos?

DERKEN. De tus pasos siempre en pós.

ESPIA. ¿Y qué va á hacer de mí el rey?

DERKEN. Te ahorcará segun su ley,
con que encomiendate á Dios.

(El espía va á hablar. Van-Derken le interrumpe.)

Silencio. Lleva al rey el relicario
que ansió tanto adquirir; está vacío.

Dile que de su lecho funerario
se alzó el cadáver al mandato mio;
mas que encierra en su centro solitario
su secreto fatal su marmol frio,

donde bajo el misterio mas profundo
quedará impenetrable para el mundo.

Dile que aquesta historia transmitida
será mañana al pueblo: mas velada

en misteriosas nieblas, referida
por la lengua del púlpito sagrada,

por la presente edad no comprendida,
por la futura edad no interpretada,

mauro será de tradicion tremenda
que su gloria real guarde y defienda.

Dile que caballero y ofendido
la fuerza y la razon tuve en mi abono,

mas satisfecho con haber podido,
el armiño manchar no osé del trono.

Dile que el deshonor que en mí ha vertido
no le devuelve en deshonor mi encono,

porque en la fé del noble verdadero
el honor de su rey es lo primero.

Eso dirás al rey: él solamente
lo entenderá: tras ti de este edificio

saldrá esta historia: el clero facilmente
cundirá como tal entre la gente,

llegará como tal al santo oficio,
que en esa tumba encontrará espantado

el prodigio infernal testificado.

Mas crea de esta historia incomprensible
la venidera gente lo que quiera.

¿Que obra del diablo fue? no era imposible :
 ¿que fue supersticion? tambien pudiera.
 Santa verdad ó fábula increíble ,
 no tendrá nunca esplicacion entera.
 Llegan. Vamos de aqui.

(Descorre el cerrojo de la puerta de la izquierda.)

¡ Vulgo sencillo ,
 créete tú que el diablo se llevó á Ronquillo !

